

4-9-87

LA PRIMERA DUDA.

a

LA PRIMERA DUDA.

h

1874-1875



B. 22746

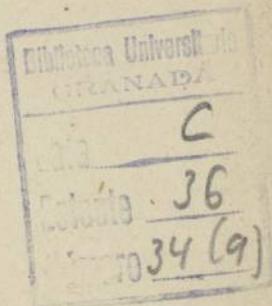
LA PRIMERA DUDA.

—♦—
A LA SEÑORA

DRAMA DE COSTÚMBRES

ORIGINAL DE

D.^A ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ.



—♦—
Donado á la Biblioteca Universitaria
de GRANADA por
Franc^{co} L. Hidalgo Rodriguez



GRANADA:

Imprenta de la Sra. Viuda é Hijos de Zamora,
calle de la Montereria, número 3.

La Estrella

1221 55764

4691

LA PRIMERA DUDA.

DRAMA DE COSTUMBRES

Esta obra es propiedad de su autora, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España, ni en sus posesiones de Ultramar, ni en los países con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

La autora se reserva el derecho de traduccion.

Los comisionados de la Galeria del Teatro de D. Alonso Gullon, son los exclusivamente encargados del cobro de los derechos de representacion y de la venta de ejemplares.

Queda hecho el depósito que marca la ley.



GRANADA:

Imprenta de la Sta. Viuda e Hijos de Zamora,
calle de la Monteria, numero 3.

A LA SEÑORA

Doña Ana Luisa Caldeira de Barros

DE MARSAL CARY.

 *L* saber, amiga mía, que su hija tiene sobre su frente el título de esposa, he querido dedicar á V. esta pobre obra para que se la ofrezca en mi nombre, haciéndole ver en ella que una sombra de duda puede empañar el sol que alumbrá el hogar doméstico.

Acéptela V. como una prueba de la simpatía y la deferencia de

LA AUTORA.

*A mi Distinguido amigo
el impreso de pette D. Francisco
San Fidalgo en prueba de
amistad,*

La Autora

A LA SEÑORA

Don Juan Luis Cortés de Larrea

DE MARSAJ CARY

PERSONAJES.

Esperanza, 22 años.
Maria, 20 idem.
Juana.
Villamayor, 40 años.

Ernesto.
César.
Montenegro.
Pedro.

La accion es en una quinta de Villamayor, á dos leguas de Madrid, empezando á las diez de la noche, y concluyendo á las doce del siguiente dia. Época actual.



ACTO PRIMERO.

Sala elegante: puerta de entrada al foro, por la cual se distingue un espacioso jardín: á la derecha, en primer término, la puerta del cuarto de María; en segundo un balcon, y entre ambas un piano: á la izquierda, en segundo término, el cuarto de Esperanza: en el primero, una puerta que conduce al interior de la casa; muebles de lujo, reloj sobre la puerta del centro, luces.

ESCENA I.

VILLAMAYOR y CESAR *sentados junto á una mesa, jugando al ajedrez.* MARIA y ESPERANZA *junto al piano: la primera de pié, parece que acaba de cantar; la segunda figura acompañarla; al levantarse el telon se oyen los últimos acordes de la música.*

ESP. ¿Mira si está bien?

MA. ¡Oh! sí.

ESP. Ya te puedo acompañar.

MA. Pero deja de tocar,
y no te afanes así.

ESP. Yo no me canso: antes bien,
sabiendo que esto te agrada,
gozo en estar ocupada
y en darte gusto también.

MA. Mas, ya es tarde.

- Esp. No, no tal,
y aun....
- MA. Perdóname que insista:
delicada está tu vista
y puede causarte mal;
y mi padre en mi opinion
contigo se enfadaria;
él te prohíbe....
- Esp. Maria
lo dejo, tienes razon:
complacerle en todo anhelo
por pagar su afecto santo;
¡Oh! le debo tanto y tanto
beneficio, tal desvelo,
que fuera una ingratitude
imperdonable no amarle,
y enteras no consagrarle
mi vida y mi juventud.
- MA. No digas tal.
- Esp. ¿Por qué no
si amparo encontré en su pecho
cuando sola, junto al lecho
de mi madre me encontró?
Él la asistió en su dolencia
con santo desinterés,
recogiéndome despues
cual única y triste herencia;
huérfana, pobre, perdida
casi la vista, es muy cierto
que sin él hubiera muerto
y que él me volvió la vida:
por eso un afecto ardiente
le guarda mi amante pecho.
- MA. (¡Cuánto tarda!) sí... es bien hecho
y ya sé.... (estoy impaciente).
- CES. Jaqué y mate. (á Villamayor).
- VILL. Eso no es ley. (á Cesar.)
- CES. Pues si á este lado se corre....
- VILL. ¿Qué?
- CES. Pierde V. esta torre.

- VILL. Entonces, juego ese rey.
ESP. ¿Estás inquieta? (á Maria).
MA. Si estoy.
ESP. ¿Por qué?
MA. Tú das al olvido
que mi Ernesto no ha venido
anoche, y tampoco hoy.
ESP. Su obligacion....
MA. Eso dice.
ESP. Su posicion....
MA. ¡Qué agonía!
te juro que el alma mia
esos deberes maldice.
ESP. Mas tú sabes....
MA. Esperanza
no intentes calmar mi enfado;
solo sé, que de mi lado
le separa esa ordenanza
que le detiene en su puesto,
y él invocá á cada paso:
pero ¿no pudiera acaso
ser á veces un pretexto?
ESP. ¡Un pretexto! ¿y para qué?
MA. Para poder libremente
estar de esta casa ausente.
ESP. ¡Cómo! ¿Piensas....?
MA. ¡Yo no sé!
mas temblando me figuro
que hay á mis piés un abismo;
que mi esposo no es el mismo
que antes era, te lo juro.
ESP. ¡Que no es el mismo!
MA. ¡Eso es!
ESP. ¿Qué notas...?
MA. Está á mi lado
casi siempre preocupado,
ó si me muestra interés,
lo hace á la verdad de un modo
extraño, que no concibo:
ó me halaga sin motivo,

- ó se impacienta por todo;
y ese malestar violento
probando está sin cesar,
que me calla algun pesar
ó me oculta un sentimiento.
- ESP. No: yo juzgo que ha de ser
infundado tu temor.
- MA. Como no sabes de amor
no me puedes comprender. *(con enfado.)*
- ESP. Que no sé!
- MA. Jamás has dado
á este sentimiento culto.
- ESP. Sí: mas vivir debe oculto *(con sentimiento.)*
el amor si es desgraciado. *(to.)*
- MA. Cómo! qué dices? *(con sorpresa.)*
- ESP. Yo... nada.
- MA. ¿Puedes suponer...! *(turbada.)*
(¿Qué es esto?)
- VILL. ¿por qué pálida se ha puesto?
¿por qué se ha puesto turbada?)
- VILL. Y ¿dice V. que podrá
lograr el ascenso al cabo? *(á César.)*
- CES. Pues quién lo duda? ¿no acabo
de decir que así será?
interpondré mi influencia...
- VILL. Gracias.
- CES. Y así de ese modo...
- MA. *(Diera por saberlo todo
la mitad de mi existencia.)*
- VILL. No porque anhele fortuna
para mis hijos; por mí,
quisiera que siempre aquí
nuestra suerte fuera una;
y puesto que me dió el cielo
más bienes que he merecido,
vivir con ellos unido
sin afañes ni desvelo.
Mas ¿qué quiere V.? Ernesto
no se aviene á esta quietud,
y sueña en su juventud

- CES. con alcanzar otro puesto.
Pues confie V....
- VILL. Sí tal:
tendré el pesar que se alejen
y que olvidado me dejen;
pero eso es lo natural:
María es mi vida, sí:
mas por una ley forzosa
la di á Ernesto por esposa
y á mi vez yo la perdi.
- CES. Y como otros lazos ya
no le ligan...
- VILL. Cierto, No!
- CES. Pues siendo tan jóven, yo
estraño que deje...
- VILL. Bah!
- CES. Ya tengo cuarenta años!
Sin duda la edad mejor
de comprender el amor...
- VILL. Ó de sufrir desengaños:
prefiero mi soledad.
- CES. Es que aun así se me alcanza
que tiene...
- VILL. Tengo á Esperanza,
tengo á Esperanza, es verdad;
á esa niña cuya vida
hallé á la orfandad sujeta,
pobre y tímida violeta
de un sepulcro recogida.
¡Ella! sí... mas en rigor
aunque la ampara mi techo,
no tengo ningun derecho,
ningun derecho á su amor.
- MA. (Esto es demasiado ya
(Sin poder dominar su impaciencia.)
haber terminado el día
y aun no venir) ah!
- VILL. María,
qué tienes?
- CES. Quizá estará (con intencion.)

- MA. impaciente porque...
CES. No!
MA. Tarda Ernesto.
(Esto es cruel.
César dice... también él
en su ausencia reparó!)
ESP. Aun es temprano.
CES. No, ya...
ESP. Y si á su deber atiende...
MA. (Esperanza le defiende,
¿por qué le defenderá?)
ESP. Pronto...
MA. Si; ya lo concibo.
ESP. Tú verás como...
MA. Es forzoso.
CES. (Está celosa.)
MA. Y mi esposo
á dudar no da motivo;
V. sabe que él...
CES. Si tal.
MA. Jamás engañarme pudo,
y yo... yo tampoco dudo...
VILL. Y en ello hicieras muy mal.
ESP. Es verdad: creo lo mismo.
CES. Tiene razon Esperanza.
VILL. El amor sin confianza
no es amor, es egoismo.
mas no hablemos de esto, ¿á qué?
y dí, ¿qué hacías ahí?
ESP. Á acompañarla aprendí
el ária que la copié.
VILL. Bien: pero ¿no te molesta
fijar la vista?
ESP. Ya no.
VILL. Ven y veré...
(Apartándose con ella á un extremo y cerca de la luz.)
MA. (Á César yo
preguntar anhelo, y esta
es la ocasion.) César.

(*Maria toma un papel de música y lo muestra á César, fingiendo hablar de esto.*)

- CES. Qué?
MA. ¿Le gusta á V...? (yo quisiera...)
CES. (Maria!)
MA. (Que me dijera
si Ernesto...)
CES. (Pero, hable V.)
MA. (He creído adivinar
en sus palabras aquí
cierta reticencia...)
CES. (¿Sí?)
MA. (Usted no debe ignorar....)
CES. (Le juro....)
MA. (Y ha de saber
donde estuvo anoche.)
CES. (Yo!
anoche! ¿pero, faltó
quizá?)
MA. (Si.)
CES. (No puede ser.)
MA. (Cómo!)
CES. (Si anoche le vi
muy tarde, casi de día...)
MA. (Dónde, dónde?) (*con afan.*)
CES. (Que salia
sin duda alguna de aquí!)
MA. (De aquí!)
CES. (Si.)
MA. (Yo desvario,
¿está usted seguro?)
CES. (¡Vaya!
(*aparte.*) Sus celos harán que...)

ESCENA II.

DICHOS: ERNESTO, MONTENEGRO.

- MONT. Calla!
mira qué cuadro!
- MA. (Dios mio!)
- ER. Buenas noches.
- MA. Ah! por fin!
- ER. (¡Juntos!)
- VILL. Hijo, ya tardabas.
- ER. Es que... (á María) yo creí que estabas en un claro del jardín.
- MA. No: de aquí no me he movido.
- ER. Fué una ilusión, no te asombre; perdona. (Siempre este hombre.)
- MA. (Con Montenegro ha venido, ¿dónde han estado los dos?)
- MONT. ¡Esa mano! (á Villamayor.)
- VILL. Usted aquí!
cuánto me alegro!
- MONT. Yo sí:
de la amistad llego en pos;
este me instó, y vine á ver á ustedes.
- VILL. ¡Oh! muy bien hecho;
sabe V. que mesa y lecho aquí le puedo ofrecer.
- MONT. Gracias: tengo que volverme esta noche.
- VILL. ¡Cómo!
- MONT. Si
mi deber me llama allí.
y no puedo detenerme.
(Siguen hablando.)
- ESP. Le juro... (Hablando con César).
- CES. Eso no es posible.

- ESP. ¿Lo duda V?
CES. ¡Yo lo creo!
¿no abrigar ningun deseo
de salir de aqui? ¡imposible!
usted es jóven, hermosa
y en el campo sepultada....
- ESP. He sido muy desgraciada
y soy aqui muy dichosa.
- CES. Sin embargo, el mundo encierra
placeres que usted ignora.
- ESP. Aquí solo encuentro ahora
todo mi bien en la tierra.
- CES. Quizás mañana pensar
podiera usted de otro modo.
- ESP. Desde hoy lo renuncio todo
si de aquí me he de alejar.
- CES. (Por qué dirá....) *(siguen hablando)*
ERN. En conclusion
¿creerme al cabo no quieres? *(á Maria).*
- MA. Calla, calla.
ERN. Injusta eres
y me ofendes sin razon,
te repito...
- MA. Es un pretexto.
ERN. No sé por qué desconfias,
otras veces me creias!
- MA. ¡Otras veces! ¡ay! ¡Ernesto!
ERN. ¡Cuánto has cambiado!
MA. Es que ansio,
dando trégua á mi temor,
saber que es mio tu amor,
pero solamente mio.
- ERN. Maria, ¿pero es posible
que así puedas suponer?...
MA. Si amaras á otra mujer
seria horrible, sí, horrible.
- ERN. ¡Amar á ninguna yo!
¿por qué tal idea tienes?
MA. ¡Sí, esas noches que no vienes
las pasarás...!

- ERN. ¡Oh! no, no.
te juro que del despacho
de mi jefe no salí.
- MA. (Y César dijo que aquí...)
- VILL. Acepte usted sin empacho, (*á Monten.*)
y una taza de café
siquiera tomar podemos.
- MONT. Bueno, sí, la tomaremos.
- VILL. César.
- CES. ¿Qué?
- VILL. También usted....
- CES. Bien....
- VILL. Esperanza.
- ESP. Señor.
- VILL. La noche va estando fría,
anda, y que el café, hija mia,
sirvan en el comedor.
- ESP. Voy al punto.
- VILL. (Ni una huella
(*con ternura mirándola salir*).
su mal ha dejado en pos:
¡Oh! cómo me premia Dios
todo el bien que hice por ella,
dejándome así gozar
su casto amor en secreto).

ESCENA II.

Dichos, menos ESPERANZA.

- CES. (Ella ha dicho... yo prometo
que al cabo habré de alcanzar....)
- MA. (¡Oh! ¿por qué se ocultaría
si es verdad que estubo aquí?
él asegura que.... ¿si
César se equivocaría?)
- VILL. ¿Sabes que en breve confío (*á Ernesto*)
de mi cariño en albricias. .

- ER. Qué?
VILL. Darle buenas noticias.
ER. De veras?
VILL. Oye, hijo mio.
CES. (¿Qué ha dicho?)
(Bajo á María y muy rápido.)
MA. (Pienso que acaso
se engañó usted.)
CES. (¡Engañarme!)
MA. (El...)
CES. (Miente!)
MA. (Quiere probarme
que estuvo con...)
CES. (En tal caso
si usted le cree...)
MA. Yo quiero
saberlo todo.)
CES. (Es razon:
présteme usted atencion,
que asi convencerla espero.)
MA. (Cómo!)
CES. (Al cabo de esta lid
anhelo salir airoso.)
MA. Ernesto. (alto.)
(Pero á mi esposo...?)
CES. (Si.) ¿Cómo es eso, á Madrid...?
MA. (¿Qué hace V.?) (bajo y rápido.)
CES. (No me reproche.) (id.)
otra vez no vuelve V.? (alto.)
ER. Yo!
MA. No es hora ya.
CES. Pensé...
como era tan tarde anoche
cuando...
MA. Qué?
CES. Salir le ví...
(marcado y con intencion.)
MA. (Oigamos qué le responde.)
ER. Que me vió usted?
MA. Cómo, dónde?

ER. Acaso en Madrid. (*con viveza.*)
CES. No: aquí.
ER. (Qué diré?)
CES. El amanecer
sin duda alguna sería:
como despuntaba el día
le pude reconocer.
ER. (Luego él me vio.)
MA. (*con violencia*) (Es cierto, vino
ocultándose de mí!)
ER. (Esa inquietud.) (*observando á María.*)
MA. (Pero aquí,
¿quién le trajo? no adivino...)
ER. (¿Temerá que en tal querella...?)
CES. (¿Vé V.?) (*á María, bajo.*)
MA. (Mas no se me alcanza
quien...)

ESCENA IV.

DICHOS Y ESPERANZA.

ESP. Ya está el café.
MA. (*¡Esperanza!*)
Dios mío, ¿será por ella?)
VILL. Vamos?
MONT. Sí, sí.
VILL. Anda, María.
CES. Guíe usted, Villamayor.
VILL. ¿No vienes? (*á María*)
MA. No, si el calor...
luego...
VILL. ¿Estás mala, hija mía?
MA. Oh! no,
si despues iré.
ER. (*¡Se queda aquí!*)
MONT. (*á Ernesto.*) ¿Vamos, chico?
MA. (*Vuelva V., se lo suplico,*
á César, cuando este va á salir.)

CES. tengo que hablar con usted.)
Bien (al fin he de triunfar.)

ESCENA V.

MARIA; DESPUES, JUANA.

MA. Gracias á Dios que me quedo
á solas, y que ya puedo
aquí en libertad llorar;
¡cuánto el disimulo daña
si el dolor nos mata impío!
¡Oh! ya no hay duda, Dios mío,
no hay duda! Ernesto me engaña!
¿quién? ¡ah! Juana.

JUA. Señorita.
¡sola aquí! pero ¿qué veo?
¡está V. llorando!

MA. No.
JUA. ¿Que no, cuando yo estoy viendo
esas lágrimas que en vano
quiere ocultar el pañuelo?

MA. Pues... te equivocas.
JUA. Si digo
que yo lo he visto.

MA. Es que el viento...
es... yo no sé.

JUA. Es que esos labios
para fingir no se han hecho,
y que aunque ocultarlo intente,
usted sufre, no hay remedio.

MA. ¡Ay! Juana mia, ¿no sabes...?

JUA. Yo solo sé que la quiero
con toda el alma; que soy
su nodriza, y que derecho
tengo de saber sus penas
para consolarlas luego.

MA. Sí, tú has sido para mí
buena siempre, y has de serlo:



por eso no quiero nada
ocultarte.

JUA. ¡Está usted viendo!
MA. Tengo muchas penas!

JUA. ¿Penas?
dígame usted...

MA. ¡Tengo celos!
JUA. Cómo!

MA. Sí; Ernesto me engaña,
ama á otra!

JUA. ¡Jesus! es cierto?
pero ¿á quién?

MA. Temo á mí misma
decirme de quién sospecho.

JUA. Las sospechas no son pruebas.

MA. También casi pruebas tengo.

JUA. Pero ¿seguras?

MA. Oh! sí.

JUA. Mas quién...?

MA. Tal vez quien mintiendo
inocencia y gratitud

se alberga bajo este techo:
quizás quien romper intenta
de aquel que la ampara el seno,
el hogar que la cobija
de amargo duelo cubriendo.

JUA. Cómo! entonces es...

MA. Oh! calla,

no lo digas, te lo ruego:
me hace daño oír su nombre
que es de mis dolores eco.
Y qué hará usted?

JUA. En mi mente

MA. se agolpan mil pensamientos
cada cual más agitado,
pero cada cual más negro.

JUA. Oh! señorita!

MA. Ante todo
convencerme, Juana, quiero
de mi desgracia yo misma.

JUA. Cómo?
MA. Yo buscaré medios.
JUA. Mas es preciso que...
MA. César
 le vió anoche, y de él espero
 saber algunos detalles;
 quizá dentro de un momento
 vendrá á esta sala y aquí...
JUA. Mas él...?
MA. Preguntarle quiero
 lo que observó, y además
 pedirle, Juana, consejo.
JUA. A un extraño!
MA. Es un amigo,
 es un amigo sincero,
 y puede...
JUA. Ya viene aquí.
MA. No te vayas.
JUA. Bien; me quedo.
MA. Observa si alguien...
JUA. Lo haré;
(desapareciendo por la puerta izquierda del segundo
término.)
 voy á mirar...
MA. Tengo miedo.

ESCENA VI.

DICHOS: CÉSAR.

CES. ¿Me esperaba usted?
MA. Sí, sí.
CES. He tenido que tardar
 porque...
MA. Le queria hablar
 un instante solo...
CES. ¿A mi?



- MA. Porque le juzgo un amigo...
CES. Bien puede usted...
MA. Verdadero.
CES. ¡Oh! de mi afecto sincero
para usted, Dios es testigo.
MA. Gracias!
CES. Y debe creer...
MA. Ese afecto tengo en mucho;
por eso...
CES. Hable usted, ya escucho.
MA. De usted pretendo saber...
CES. ¿El qué?
MA. Sí... sí, mis recelos
son fundados.
CES. No adivino...
(en medio de mi camino
van á arrojarla sus celos.)
MA. Ernesto...
CES. Prosiga usted.
y podré de esa manera...
MA. No es para mí el que ante; era!
CES. Eso cualquiera lo ve.
MA. ¡Tambien usted lo ha notado!
CES. No se engaña el corazon.
MA. De este cambio la razon
inútilmente he buscado,
hasta que...
CES. Creyendo voy...
MA. Usted, sin pensarlo acaso,
ha hecho rebosar el vaso
de mi desventura hoy,
la inquieta duda cambiando
en certidumbre cruel;
la amarga gota de hiel,
de hiel en lago trocando.
CES. ¡Cómol yo!
MA. Usted que lo vió
anoche salir de aquí,
y que dijo...
CES. Es cierto, y

- MA. ya vió usted que él no negó.
Pues si no estuvo á mi lado,
en ese caso...
- CES. María!
piensa usted...?
- MA. Que le traería
otro amor, pero culpado!
- CES. Y aquí, ¿quién?
- MA. Una tan solo.
- CES. Qué dice usted?
- MA. Esperanza!
no hay más que ella!
- CES. Mas no alcanza
à comprenderse tal dolo.
- MA. Oh! sí, que ahora que lo pienso
ella dijo en su dolor,
que amaba, y que era su amor
ignorado, pero inmenso.
- CES. Eso es, y tambien á mí
há un instante me decia
que la existencia daría
antes de salir de aquí.
- MA. ¡Sería por él!
- CES. No sé;
mas se supone.
- MA. (¡Y le adoro!)
- CES. Él no comprende el tesoro
que encierra su amor de usted.
- MA. ¡Me desprecia!
- CES. Por mi nombre
calma! yo no he dicho tanto.
- MA. La tengo! (maldito llanto,
(enjugándose el llanto con desesperacion.)
que no lo vea este hombre.)
- CES. (Afirmándola en su duda
tal vez oiga mi querella,
y por vengarse... ¡es tan bella!)
- MA. ¡Cuán pronto el amor se muda!
¡Oh! cuán en breve los lazos
se rompen de una pasión,

- ó se arroja un corazon
despues de hacerlo pedazos.
CES. Piense usted...
- MA. Es que el amor
cuándo á dominarnos llega,
deslumbra el alma, y la ciega
de su llama al resplandor:
mas ahora ya por mi daño,
nublado el sol de mi dicha,
miro clara mi desdicha
á la luz del desengaño.
CES. Y ¿qué va usted á hacer?
- MA. No sé.
siento desgarrada el alma.
CES. Pero...
- MA. Usted tendrá más calma;
ay, aconséjeme usted.
CES. Yo... no... ¿quién puede atreverse?
MA. ¡Si sorprenderlos pudiera...!
CES. Es fácil.
- MA. ¿De qué manera?
CES. Muy cerca deben de verse
en todo caso.
MA. ¿Y... en fin?
- CES. Para salir de la casa
ella...
MA. ¿Qué?
- CES. Sin duda pasa...
MA. ¿Por dónde?
- CES. Por el jardín.
MA. Eso debe ser ¡oh! sí;
es el sitio más seguro.
CES. Pues bien; si oculta en lo oscuro
del ramaje, usted allí
á la primera sospecha
se hallase, y...
- MA. Bien: ¿no prosigue?
CES. La ve que sale, la sigue
y va en pos, es cosa hecha;
él la aguardará...

- MA. Eso es!
- GES. Tal vez llegue usted á oírlos.
- MA. Y así podré confundirlos,
podré vengarme despues.
- CES. La primer vez que él la diga
que de aquí su obligacion
le aleja...
- MA. Sí.
- CES. Es la ocasion
de...
- MA. Lo haré!
- CES. Que usted consiga...
- MA. ¡Oh! no he de olvidarlo, á fé.
- CES. Y si de mí necesita,
puede...
- MA. Gracias.
- JUA. Señorita, (*saliendo.*)
alguien viene.
- CES. ¡Como! ¿usted
previno...?
- MA. Me marchó, á Dios,
- CES. que no sospechen hagamos...
- MA. Sí, que no vean que estamos
César, de acuerdo los dos.
(*dirigiéndose á su cuarto*)
Ven, ven (*á Juana.*)

ESCENA VII.

CESAR, DESPUES MONTENEGRO Y ERNESTO.

- CES. Ella en este dia
nos liga en su afan profundo;
su inesperienza del mundo
hará la victoria mia.
Impulsada por su duda
dará de salir el paso
al jardin, y en ese caso
la audacia vendrá en mi ayuda:

- la soledad, la pasión
disculparán el engaño,
y evitar no podrá el daño
quien no evitó la ocasión.
ER. (No estaba aquí.)
MONT. Pero hombre,
esplicame qué te ha dado;
á salir me has obligado
sin acabar...
- ER. No te asombre;
el calor...
- MONT. ¡Calor allí!
¿estás loco? Si esta casa...
- ER. (El.) Calla!
- MONT. No: algo te pasa
y...
- ER. (Silencio) (á César.) ¿Usted aquí,
y solo?
- CES. Me iba á marchar.
- ER. ¡Tan pronto!
- CES. Aunque cerca estoy,
pienso recogerme, y voy...
- ER. ¿Ya nos va usted á dejar?
- CES. Sí, si no me manda algo.
- ER. Mil gracias; yo le agradezco...
- CES. Ya sabe usted que le ofrezco
cuanto soy y cuanto valgo.
- ER. (¿Se burlará?)
- MONT. (Pues señor
yo no entiendo...)
- CES. Antes de irme,
vuelvo adentro á despedirme
de nuestro amigo el doctor.
- ER. Usted es muy dueño...
- CES. Pues
Ernesto, con su permiso.
- ER. (¡Debo callar, es preciso!)
- CES. Señores, hasta después.

ESCENA VIII.

MONTENEGRO, ERNESTO.

ER. (Oh! no sé que hacer.)
MONT. Ernesto,
¿qué tienes?
ER. Yo...
MONT. Sí; te digo
que sufres, que soy tu amigo,
y... pero basta con esto.
ER. ¿Por qué piensas...
MONT. Habla claro
y así mis dudas evitas;
si dinero necesitas,
dilo, chico, sin reparo.
¿Has jugado acaso?
ER. Mas
te empeñas...
MONT. ¿No es eso?
ER. No.
MONT. ¿Es la política?
ER. Yo
no entendi en ella jamás.
MONT. Pues prosigamos la lid:
si no juegas ni conspiras,
tu esposa...?
ER. Ah!
MONT. ¡Calla! ¿Suspiras?
pienso que he dado en el quid.
ER. Más bajo!
MONT. Toqué la herida,
¿lo estás viendo? eres un niño;
¿no la amas ya?
ER. Su cariño
es la mitad de mi vida.
MONT. ¿Y sufres?
ER. ¿A qué callarlo
si tú mismo lo estás viendo?

MONT. Entonces... no te comprendo.

ER. Y fuera en vano negarlo:
que si con fingida calma
cubrimos penas ó agravios,
cuando callan mas los lábios
mas pronto se rompe el alma.

MONT. Habla pues.

ER. Si me decidol
cuando el corazon comienza
lleno de una vida inmensa
á dar su primer latido;
en esa lucha que agita
nuestra inquieta juventud,
ni le alhaga la virtud
ni la inocencia bendita;
mas un ensueño de calma
sucede al sueño de ayer,
y ya mira á la mujer
á quien vá á ofrecer su alma,
como lámpara solar
que no agita el viento vario,
y que alumbrá el santuario
casto y puro del hogar;
y encontrar tan solamente
quiere el alma sin enojos,
amor en sus claros ojos,
candor en su blanca frente.

MONT. Y eso sin duda, jurara
que lo tienes en tu esposa:
ella es buena, es virtuosa,
no hay más que verla la cara.

ER. Paz y ventura en pos dejan
bondad y amor confundidos,
¿porque de mi hogar unidos
ventura y paz hoy se alejan?

MONT. Pues María...?

ER. Tiene ahora
siempre la queja en el lábio:
si me disculpo, la agravio;
si guardo silencio, llora:

- siempre violento me tienes,
á ella, nunca satisfecha,
y el amor vuelto cosecha
de lágrimas ó desdenes:
su desventura y la mia
detrás de esta lucha existe,
porque ¿qué pasión resiste
á este afán día tras día?
MONT. ¿Pero en qué se funda, di?
ER. En caprichos, en temores:
para tantos sinsabores
jamás motivo halló en mí.
MONT. Y piensas...?
ER. A mi pesar
sospecho, y no sin razón,
que hay algo en su corazón
que me pretende ocultar.
MONT. Ernesto!
ER. Mi frente estalla
solo al...
MONT. ¡No puedo creerlo!
ER. dime...?
ER. Si quieres saberlo
adivínalo, mas calla!
porque hay palabras que hieren,
cuando un mal tan grande anuncian,
los labios que las pronuncian
y el oído donde mueren.
MONT. Cálmate; no hables así
que ciego ese afán te tiene.
ER. Piénsalo; aquí nadie viene.
MONT. Uno!
ER. ¡Cómo! César...?
MONT. Sí!
ER. ¡Oh! ya ves como ese nombre
también á tu labio acude
al...
MONT. Permíteme que dude!
pero...? á qué viene ese hombre
yo no creo á la verdad

- ER. que María... mas si es esto...
Vive cerca, y un pretesto
le ofrece su vecindad
para venir sin recelos.
- MONT. ¿Y en acriminar te empeñas
su conducta? Bah! tú sueñas
ó te trastornan los celos.
Sin una prueba segura
todo ello es una quimera.
- ER. Y... si esa prueba tuviera?
- MONT. ¿Tú?
- ER. Sí.
- MONT. Deja esa locura.
- ER. Es que aunque sufrí y callé...
Habla: no temas reproche.
- MONT. Una noche, y otra noche
ER. junto á esta casa pasé,
oculto en la oscuridad
como un ladron espiano,
y entre la sombra buscando
luz, y certeza, y verdad.
- MONT. Tú!
- ER. Y anoche mismo...
MONT. Acaba,
le vistes acaso?
- ER. Yo
no le ví, mas él me vió;
y si me vió ¿dónde estaba?
MONT. Que te vió!
- ER. El lo dijo aquí,
y mientras vi que María
temblaba y palidecia
fijos los ojos en mí:
y era éll!
- MONT. Sí... bien puede ser,
pero ¡voto á tus antojos!
juzgo que no tienes ojos
sino para tu mujer.
¿no hay otra jóven aquí,
libre, buena, honrada y bella?

ER. ¿Y el cambio que noto en ella?
¿y su acritud para mí?
¿y el afán, y la emoción
que aquí mismo hace un instante
se reflejó en su semblante?

MONT. Ilusión, todo ilusión!
¿Quieres ver que logro al fin
convencerte?

ER. ¡Si por Dios!

MONT. Pues esta noche los dos
pasamos en tu jardín;
verás como la verdad
luce á tus ojos serena.

ER. Cómo! tú!

MONT. La acción no es buena;
mas me impulsa la amistad
y el deseo de servirte:
vamos, ¿te resuelves?

ER. Sí:
mas ¿qué diremos aquí?

MONT. ¿Aquí...? nada, que á venirte
conmigo te has decidido.

ER. ¿Y si adivinan...?

MONT. Quimera?
buscamos los dos cualquiera
pretexto: di que un olvido...

ER. Sea, y de una vez al fin
esta incertidumbre acabe.

(llamando por el fondo.)

PE. ¡Pedro; tráeme la llave
de la puerta del jardín.
Voy, señor.

(apareciendo un instante en la puerta.)

MONT. La confianza
renacerá por mi nombre:
verás tú como ese hombre

ER. viene aqui por Esperanza.
¿Tal crees...?
MONT. Y tú tambien ..
ER. Te deberé mi ventura.
MONT. Mira, ya vienen: procura
dominarte y fingir bien.

ESCENA IX.

DICHOS, VILLAMAYOR Y CESAR.

VILL. Estábamos esperando
que volvieres allá dentro.
ER. Perdone usted, me deluve
hablando con Montenegro,
y sin pensar, á uno y otro
se nos ha pasado el tiempo.
VILL. Salisteis tan de repente
que yo creí...
MONT. Fué que Ernesto...
(ahora es la ocasion y puedes
decirle que nos volvemos.)
(Calla.)
ER. ¿Qué fué?
VILL. Padre mio,
ER yo pensaba hace un momento
que permanecer podia
aqui hasta mañana, pero...
VILL. ¿Qué?
ER. Que hablando con mi amigo
he recordado que debo
volver á Madrid.
VILL. ¿Y cuándo?
ER. Dentro de un instante.
VILL. Bueno.
CES. (¿Si será una realidad
lo que yo juzgaba un medio?
si tendrá razon María
y la faltará? veremos.)

ESCENA X.

DICHOS Y PEDRO.

PE. Aquí está la llave.
ER. Bien.
PE. Sobre el piano la dejo.

ESCENA XI.

DICHOS MENOS PEDRO.

VILL. Con que te marchas ahora?
ER. Si, y aunque mucho lo siento...
MONT. Se viene conmigo.
VILLA. Bien.
tu deber es lo primero;
solo siento que María
sufre cuando tú estás léjos.
ER. Mañana estaré á su lado
todo el dia, lo prometo.
VILL. Voy á llamarla, y que sepa
que te marchas.
CES. Nos iremos
entonces juntos.
VILL. María. *(llamando)*.
ER. *(Oh! va á venir, observemos)*.
CES. *(Nadie mira, si pudiera....
el modo facilitemos
de entrar aquí, y esta llave
me evita peligro y tiempo.)*
*(Guardando la llave que trajo el criado al ver
que nadie le observa.)*

ESCENA XII.

DICHOS, MARIA, ESPERANZA.

MA. Me llamaba usted?
VILL. Si, hija,

porque vá á salir Ernesto,
y como dista Madrid
una legua casi, creo
que puede quedarse allí
y esperarle no debemos.

- ER. Oh! no.
MA. Que se va otra vez!
(*Sorprendida y mirando con intencion á César.*)
ER. (Se miran!)
MA. (Si, ya lo entiendo!
ella...!)
- VILL. Lo sientes?
MA. Yo no; (*dominándose*)
por qué?
ER. (Ya lo ves.) (*á Mont.*)
MONT. (Silencio!)
Dice que mañana....
MA. ¡Sí!
VILL. Todo el dia le tendremos
con nosotros.
MA. Sí, mañana....
ESP. María, debes creerlo.
MA. Quién te ha dicho...? (*con enojo.*)
ESP. No te ofendas,
yo creí....
MA. (Disimulemos.)
CES. (Sin duda la suerte quiere
favorecer mis deseos.)
MONT. Ernesto, creo que es hora.
ER. Vamos. (No sé por qué tiemblo).
CES. Yo tambien les dejo á ustedes.
(Oh! conseguiré mi intento).
ER. (No encuentro.... ¿si por acaso
olvidó el traerla Pedro?
sí.... qué idea). (*mirando á César.*)
MONT. (No vaciles.) (*á Ern.*)
ER. (¡Es que la llave no ve!)
MONT. (Ese inconveniente....
ER. (Yo
le venceré: si no hay medio

- MA. por allí). (señalando al balcon).
¡Con que te vás!
te vas al fin!
(Sin poderse contener al verle próximo á salir
y con acento alterado).
- ER. Si!
- MONT. (Qué es esto?
temo que...)
- MA. Con que no vuelves
esta noche!
- ER. No, no vuelvo.
- MA. (Oh! yo sabré la verdad.)
- ER. (Yo aclararé este misterio).
Adios (los celos me matan)
- MA. Adios, (me mata el despecho).

ESCENA XIII.

VILLAMAYOR, MARIA, ESPERANZA.

- VILL. ¡Oh! si él quisiera creerme
dejaría...
- MA. Ya se fueron.
- VILL. Y olvidados de ese mundo,
y de sus afanes lejos
pasáramos la existencia
unidos por el afecto,
y ligados del amor
por el santo lazo estrecho.
Pero en fin, tal vez un dia
llegue.... Maria ¿no es cierto?
- MA. Si padre. (distráida).
- ESP. (Cuánto la quiere!)
que dichosa es ella! creo
que aun del amor de su hija
en mi afan envidia tengo.
- VILL. Ahora voy á mi despacho
y si quereis recogeros...
- MA. Yo sí, que es tarde.

- ESP. ¿Y usted?
VILL. Voy á estudiar un momento.
ESP. Siempre estudiar!
VILL. Es preciso,
ESP. Pues yo juzgo que es mal hecho
pasar las noches en vela
ante un libro y sin sosiego.
VILL. (Oh Dios mio, esas palabras,
¿qué me prueban? si su anhelo
fuese amor...)
MA. (Oh! no se irán!)
ESP. Si cayese usted enfermo!
VILL. ¡Yo!
ESP. Descanse usted siquiera
esta noche.
VILL. Si...
MA. (Qué empeño
por alejar á mi padre,
¿será...)
VILL. Bien; te lo prometo:
voy á dormir y mañana...
ESP. Eso es.
VILL. Entregaos al sueño
vosotras.
ESP. Sí
VILL. Buenas noches.
ESP. Muy buenas.
MA. ¿Y tú?
ESP. Me quedo.

ESCENA XIV.

MARIA, ESPERANZA.

- MA. ¿No te recoges?
ESP. Aun no.
MA. Cómo! aquí vas á quedarte?
ESP. María, es que quiero hablarte.
MA. Á mi?

- Esp. Qué? lo estrañas?
Ma. Yo...!
Esp. ¿No eres mi hermana del alma
cual há mucho tiempo fuiste?
Ma. ¡Oh!
Esp. Pues bien, al verte triste...
yo no puedo tener calma
Esperanza...
Esp. No prosigas.
fingiendo que estás serena:
tú tienes alguna pena
y quiero que me la digas:
habla; yo tengo derecho
á conocer tu pesar.
Ma. (¿Si me vendrá á preguntar
solo por ver si sospecho?
eso será! ¡qué agonía!
el corazon se me oprime
de tanto callar.)
Esp. Oh! dime...
¿no me respondes, Maria?
¿ya desconfias de mí?
¿que no soy tu hermana infieres?
Ma. Pues si juzgas nó lo eres,
¿á qué me preguntas, di?
Esp. Porque... ¡mas soñando estoy!
¡de desvío haces alarde!
esa respuesta...
Ma. Ya es tarde.
Esp. Tardel
Ma. A recogerme voy.
Esp. ¡Cómo! solo mereció
mi afan...
Ma. (Mi razon vacila.)
Esp. Maria!
Ma. Duerme tranquila...
tan tranquila... como yo.
Esp. ¡Me despides, me desdeñas!
Ma. Solo quiere el alma mia
que goces...

Esp. Esa ironía...
Ma. Si es que cuando duermes, sueñas.
Esp. A Dios; tu injusto rigor
yo sé que no he merecido.
(Dios mio, ¿habrá sorprendido
el secreto de mi amor?)

ESCENA XV.

MARIA, *despues* JUANA.

Ma. Por fin! dominar no pude
mi amargura y mis enojos;
¿por qué aunque lucho, á mis ojos
el llanto quemando acude?
¿por qué lates angustiado?
¡vamos, corazon, ten calma!
¡lágrimas, volved al alma
de donde os han arrancado!
porque si en tropel saltais
en mi ciego desvarío,
la infamia que ver ansío
á ocultar vosotras vais.

(*Acercándose con ansiedad á la puerta por donde
salió Esperanza.*)

¡Aun siento sus pasos...! ya
no percibo su rumor:
¿si por ese corredor
hasta su cuarto se irá?
¡qué afán! ¡qué ansiedad sin fin!
¿dónde va? ¿dónde se ven...?
por su habitacion, tambien
puede bajarse al jardin!
Sí: y tal vez por allí... ¡oh!
él quizá la está aguardando,
y entre tanto, yo dudando
correr dejo el tiempo!... ¡no!
Juana, Juana; ven acá.
Yo tiemblo! ¿será ya hora?

(Todo con gran agitacion.)

¡Dios mio!

JUA. Aquí estoy, señora. *(saliendo.)*

MA. ¿Si él aguardando estará

(Sin reparar apenas en Juana.)

¿que se recojan todos?

Juana.

JUA. ¿Me ha llamado usted?

MA. Sí; no importa.... bajaré,
bajaré de todos modos.

JUA. ¿Me necesita usted?

MA. Sí.

pronto...

JUA. ¿Qué?

MA. Dame un abrigo.

JUA. ¿Va usted á...?

MA. Sí: ven conmigo...

pero... no, quédate aquí.

JUA. ¡Oh! señorita, por Dios,
¿qué es lo que va usted á hacer?

MA. Más pronto nos pueden ver
si vamos juntas las dos.

JUA. Pero así... sin reflexion...
la oscuridad...

MA. ¿Y te asombras?

¡Ah! si hay en la noche sombras,
más hay en mi corazon.

JUA. Espere usted...

MA. ¡Esperar!

JUA. Voy por...

MA. Nada necesito!

aguarda tú.

(dirigiéndose con resolucion á la puerta del jardin.)

JUA. Dios bendito,
¿qué es lo que aquí va á pasar?

(ESCENA XVI.)

JUANA, DESPUES ERNESTO.

JUA. Se va sola, ¡qué locura!
dar en su afan este paso
en que juega y pierde acaso
tranquilidad y ventura!
yo he debido acompañarla
aunque no hubiese querido
ella; á la verdad ha sido
una imprudencia dejarla.
Pero, quizá sea hora;
voy, encontrarla confío.
¡Ah! quien!

(Dando un grito al ver á Ernesto que salta por el balcon).

ER. Silencio!

(con agitacion y violencia.)

JUA. Dios mio!

ER. Adónde está la señora?

JUA. La señora...? yo no sé...

ER. Tú lo sabes!

JUA. Dios clemente!

ER. Habla!

JUA. Yo soy inocente,
y ella... ella tan solo fué...

ER. Dónde! ni aun sabes mentir!

JUA. Fué...

ER. Silencio, miserable,
es que María es culpable
y tú la quieres cubrir!

JUA. Oh! no es eso, no señor:
si es que á esplicarme no acierto.

ER. Salió...?

JUA. Por allí!

(Señalando la puerta del jardín).

ER. ¡Era cierto!

me engaña y manchá mi honor!

JUA. Jesus! le diré....

ER. ¡De aquí
no te muevas!
JUA. Señorito!
ER. Si sales ó das un grito,
oh! no respondo de mí.
(*saliendo de la escena por la puerta del jardin.*)

ESCENA XVII.

JUANA, *despues* VILLAMAYOR, ESPERANZA.

JUA. Qué haré Dios mio, qué haré?
en este afan sin segundo,
yo me abismo y me confundo....
y hallar remedio no sé.
Qué silencio, qué temor!
y él descompuesto el semblante
tenia; si en este instante
avisara á mi señor,
él... sí, sí, á llamarle corro,
porque de angustia deliro;
(*Suena un tiro por la parte del jardin.*)
no espero mas! ¡ay! un tiro!
¡socorro! ¡señor! ¡socorro!
quizá en su loco furor
la mate! socorro presto!
VILL. Juana, María, qué es esto?
(*Saliendo de la primera puerta izquierda.*)
ESP. Dios mio!
(*Saliendo de la segunda puerta izquierda.*)
VILL. Juana!
JUA. Ah! señor!
ESP. ¿No es usted? ¿no se halla herido?
(*Corriendo hácia él.*)
VILL. No.
JUA. Corra usted.
VILL. Mas qué pasa?
JUA. Abajo, abajo!
VILL. En mi casa!

JUA. La señorita...
VILL. Qué ha sido?
para calmar mi ansiedad
¿nada me puedes decir?
pues yo iré...
ESP. Va usted á salir?
VILL. Quiero saber la verdad!

ESCENA XVIII.

Dichos: ERNESTO, MARIA.

MA. Padre! (antes de salir).
VILL. Hija al fin he de ver...
ven, ven y dime...
ER. Es en vano!
(apareciendo con el semblante alterado y trayendo á
María sujeta de un brazo.)
no se manche usted la mano
con tocar á esa mujer.
VILL. Ernesto! qué dices? ¡oh!
las palabras que profieres...
ER. La que falta á sus deberes,
la que honra y nombre manchó
por mucho que esto la aflija,
y aunque oirlo no le cuadre,
mancilla el labio del padre
que el nombre le dió de hija!

FIN DEL ACTO.

ACTO SEGUNDO.

La misma decoracion.

Sobre la mesa dos bugías próximas á consumirse; á través de las puertas y el balcon se distingue la primera luz del alba.

ESCENA I.

MARÍA, *sentada junto á la mesa con el rostro oculto entre las manos y llorando en silencio.*

MA. Me cierra airado la puerta
y me niega la esperanza
de que puedan convencerle
mis súplicas y mis lágrimas.
¡Toda la noche aguardando
en este silio clavada,
sin conseguir que á su oido
puedan llegar mis palabras!
¡Qué noche! ¡qué largas son
sus horas, y cuán amargas,
y qué nublada tambien
para mi despunta el alba!
Ya es de dia; ¡qué ansiedad,
qué angustia siento en el alma!
Si mi padre me abandona,
si persiste en que culpada
soy, ¿á quién recurriré
en tal situacion? ¡oh! Juana.

ESCENA II.

Dicha, JUANA.

- JUA. Sí, yo soy.
MA. ¡Cuánto has tardado!
JUA. Pues si apenas há una hora
que salí de aquí.
MA. Y ahora,
dime, ¿qué has averiguado?
JUA. Nada!
MA. Pedro...?
JUA. Es fiel y listo
y discreto.
MA. Pero en fin...?
JUA. Ni en casa, ni en el jardín,
ni en la cerca, nada ha visto:
ese hombre sin duda huyó
ileso.
MA. Dios sea loado!
Ernesto ciego y turbado
en la sombra disparó,
y acaso su mano el cielo
entonces hizo temblar,
Juana, para no aumentar
mi desventura y mi duelo.
JUA. Pero usted le conoció?
MA. No: solo entre la espesura
vi una sombra; mi locura
que eran ellos me fingió:
corrí ciega, un grito oí;
luego un tiro; anonadada
quedé; despues no oí nada
ni ví á ninguno ¡ay de mí!
solo sé que yerta y muda,
sin calma y sin vida estoy,
que triste y perdida voy
por la noche de mi duda:

- que me acusan de un delito,
que mancha mi limpia honra,
y que esta infame deshonra
yo rechazar necesito.
- JUA. Vamos, señora, por Dios,
valor, no llore usted tanto:
quizá de ese amargo llanto
el consuelo venga en pos.
- MA. Oh! mi padre ¡padre mio!
quizá sufriendo y sin calma
es el duelo de mi alma
eco de su duelo impío.
Y él, mi esposo...
- JUA. Usted delira,
su razon así se trunca.
- MA. Mi esposo no me amó nunca,
¡mentira, Juana, mentira!
- JUA. Insiste usted...?
- MA. ¡Ay de mí!
por mi destino funesto.
- JUA. Mas ahora...?
- MA. ¿No está allí Ernesto,
y esa mujer, no está allí?
- JUA. Esa idea...
- MA. Es espantosa!
no la puedes comprender!
no puedes... ¡qué has de poder,
si no has estado celosa!
¿qué sabes de sentimiento
ni de este fatal delirio,
del alma eterno martirio,
torcedor del pensamiento?
Dicen ¡ay! que del amor
tan rudo tormento es hijo!
¡ah! no: miente quien tal dijo;
porque es hijo del dolor:
por eso en su frenesí
mata y enloquece!
- JUA. Vamos,
sosiéguese usted, y veamos

- lo que hemos de hacer aquí.
MA. Si estoy sola en mi afliccion,
si hasta mi padre... (con amargura.)
JUA. El ha obrado
por la apariencia engañado.
MA. Es verdad, tienes razon!
me trastorna mi despecho.
JUA. En hablarle insista usted.
MA. Si, quiero alentar mi fé
en el altar de su pecho.
JUA. Y él así no ha de poder
negarse ni resistir.
MA. Pero cómo me ha de oír
¡ay! si no le puedo ver!
JUA. Ya verá usted como luego...
MA. Pero ¿cuándo, Juana, cuándo?
JUA. Hasta que se va pasando
el furor, no se oye el ruego:
deje usted el tiempo pasar,
seque un instante su llanto...
MA. Pero no ves que entretanto...?
JUA. Entretanto, á descansar
recójase usted.
MA. No aquí,
aquí...
JUA. Señora... hija mia...
¡mire usted que ya es de día,
y la noche entera así
ha pasado!
MA. No, no dejo
este sitio, hasta que verle
logre, y al par convencerle
de...
JUA. Tome usted mi consejo!
MA. No!
JUA. Si apenas puede usted
ni sostenerse ni hablar,
si no hace más que temblar
sin poder tenerse en pié.
MA. Sí; desfallecer me sienta!

- es verdad!
- JUA. Vamos, señora,
por Dios! siquiera una hora
entre usted en su aposento.
- MA. ¡Ay! Juana, si no podré
un instante sosegar.
- JUA. Si no puede reposar,
á lo menos ore usted;
tal vez de su acento en pos
vendrá la paz que apetece.
¿qué corazon que padece
no eleva su ruego á Dios?
¿qué mirada que en su duelo
no encuentra en la tierra calma,
por un instinto del alma
no va á fijarse en el cielo?
la paz hallamos allí
que injusto el mundo nos niega.
- MA. Entonces voy; y tú, ruega
tambien en tanto por mi.

ESCENA III.

JUANA.

Sí; pediré por que hoy
Dios la ampare y la proteja,
y haga que todos conozcan
su virtud y su inocencia.

ESCENA IV.

Dicha, ERNESTO, MONTENEGRO.

- JUA. ¡Ah! quién es?
- ER. Vaya V. al punto
y diga á Pedro que venga,
ó si no, que esté dispuesto
á salir si se le ordena.
- JUA. Voy, señorito.

ER. Al instante;
que no tarde, que obedezca
sin detenerse.

JUA. Sí, voy...
(¡qué aspecto! ¡Dios nos proteja!)

ESCENA V.

ERNESTO, MONTENEGRO.

ER. Pedro podrá acompañarte
y conducirte á su casa,
pues aunque está cerca, tú
pudieras equivocarla
con otra, y perder un tiempo
que anhela acortar mi alma.
Ya sabes mis condiciones;
repítele mis palabras:
¡él ó yo! vete y no tardes,
porque te espero con ansia.

MONT.

ER.

Sí.
resuelto á tomar venganza
pronta y terrible! no vive
quien tiene su honra manchada
y lo sabe, y al saberlo
su honra con sangre no lava!

MONT.

No pretendo disuadirte
de esa idea: tienes causa
para ese duelo, y es justo
que con ese hombre te batas,
si es cierto que por María
ha penetrado en tu casa;
que el honor es un cristal
á quien una sombra empaña:
pero ¿no pudiera ser
que acaso...

ER.

No sigas: calla!
no trates de enloquecerme

tratando de disculparla:
¿no la viste inmóvil, muda,
estremecerse aterrada,
sin hallar en su defensa
ni un hecho, ni una palabra,
y que él...? ¡la ira me estremece
solo al recordar...!

MONT. Ten calma;

así no puedes batirte
ni manejar una espada,
y en un duelo...

ER. Y duelo á muerte...

MONT. Te llevará gran ventaja
tu contrario.

ER. Y qué me importa!

MONT. Cómo!

ER. Con la vida acaban
luchas y dudas y celos,
tortura eterna del alma!

MONT. Cuánto la quieres!

ER. Quererla!

quererla yo! no: te engañas.

Ayer ella era mi vida,

sus ojos eran luz clara,

que el pasado y el presente

y el porvenir alumbraban;

su corazón era el templo

donde mi fé reposaba,

y sus brazos, el tranquilo

seguro puerto del alma:

pero hoy, que por siempre ha roto

los lazos que nos ligaban,

hoy que su frente mancilla,

hoy que mi pecho desgarrá,

hoy que el nombre que la di

del santo altar en las aras,

en un rincón del olvido

tira cubierto de infamia,

la aborrezco y la detesto...

y aun es poco detestarla,

que esa mujer no merece
ni aun el odio de mi alma.
MONT. Ese mismo afan te vende
y demuestra que te engañas;
amor, ilusiones, dichas,
en un dia no se arrancan
del corazon!

ER. Y supones
que yo podrè perdonarla?

MONT. Sé que serás inflexible
con tu honor y con su falta:
que serás fuerte aunque tengas
hecha pedazos el alma;
pero cuando estemos solos
sin testigos, no te hagas
violencia, que yo comprendo
la extension de tu desgracia;
llora en mi seno, si quieres,
con entera confianza,
y ante mí no te avergüences,
no te avergüences de amarla!
Ah!

ER. Y sabe su padre...?

MONT. No!
ER. ni quiero decirle nada:
él acaso se opondria
á mis designios, y vanas
fueran súplicas y ruegos,
reconvenciones ó lágrimas:
es forzoso! solamente
mientras ausente te hallas,
mientras te espero, y tú vuelves
le escribiré, y en mi carta
mi postrera voluntad
le dejaré consignada;
y como es el duelo á muerte...

ESCENA VI.

Dichos y ESPERANZA.

- ESP. (Dios mío mío!)
(desde la puerta de la izquierda.)
- ER. Si acaso aciaga
me fuera la suerte, tú
ya sabes...
- MONT. Si, todo: basta.
- ER. En ti confío; á las doce,
en la cruz de la enramada
dí que le espero: ahora vé
y no tardes.
- MONT. Esperanza! (viéndola apa-
recer.)
- ER. (Disimula.)
- MONT. (Así lo haré.)
- ER. Tú aquí?
- ESP. Si: ya claro el día...
- ER. ¿Dónde vas?...
- ESP. Yo voy... venía...
(¡va á batirse! ¿qué haré?)
- ER. ¿Y mi padre?
- ESP. En su afliccion
mudó el labio, la mirada
fija, la frente inclinada
y oprimido el corazon,
en vano triste y gimiendo
le llamó: no me responde,
y aunque su dolor me esconde,
yo su amargura comprendo.
- ER. ¿Y por qué solo le dejas?
- ESP. (Le estorbo.)
- ER. Su duelo ardiente
quizá, Esperanza, se aumente
si de su lado te alejas.
- ESP. Es que á buscarte venía.
- ER. ¡A buscarme! ¿y á qué?
- ESP. Dí,

ER. ¿no eres desgraciado? Si.
ESP. Yo...
ER. ¡Gracias, hermana mia!
ESP. Hay dias de triste duelo sin luz, sin sol y sin calma y en ellos, Ernesto, el alma busca solaz y consuelo: que menos amargas son esas horas de afan llenas, si podemos nuestras penas fiar á otro corazon. Planta extraña soy así, que ni da calor ni abrigo; mas, pues Dios me hizo testigo de un dolor sin nombre aquí, si dicha no os puedo dar, que sirvan en tal quebranto mis pupilas para el llanto, mi voz para suplicar.
ER. Esperanza!
ESP. Tu afliccion ya sé que es justa, es inmensa; mas cuanto es mayor la ofensa, es más hermoso el perdon!
ER. Y ¿quién dice que no es perdonar mi pensamiento?
ESP. ¡Oh!
ER. Si, tranquilo me siento, muy tranquilo, ¿no lo ves? Estas heridas del alma, y esta idea con que lucho, deben meditarse mucho...
ESP. (Finge y me engaña!)
ER. Y en calma.
ESP. Entonces oirás mi ruego.
ER. Si. (Pasa el tiempo, ¿qué haré? si ella sospecha... no sé...)
ESP. (No cederá si está ciego, ¡Dios mio, no cederá!)

- ER. (Oh! de salir busca el medio.)
MONT. (Bien, lo haré.)
ESP. (No habrá remedio
si Montenegro se va.)
MONT. (Bueno.) Ya te dejo.
ER. Si?
MONT. Voy de mi deber en pos;
ya sabes...
ESP. (Mienten los dos.)
MONT. Acaso volveré aquí...
luego, tarde... en terminando.
ESP. ¿Nos abandona usted hoy?
MONT. Es fuerza! (Turbado estoy.)
ER. ¿Vendrás?
MONT. No lo dudes.
ER. ¿Cuándo?
MONT. Cuando el deber lo permita.
ESP. (Va á buscar á César. ¡Oh!)
ER. (¡No olvides que á muerte!)
MONT. (No!)
ER. (A las doce.)
MONT. Señorita,
adios.

ESCENA VII.

Dichos, menos MONTENEGRO.

- ESP. (Se marcha; ¡ay de mí
va á buscarle, le vá á hablar).
ER. (Ella me va á interrogar
si me quedo solo aquí).
ESP. (¡Qué afán!)
ER. (Fingir no sabré,
y tal vez todo lo entienda.)
ESP. (¡En esta horrible contienda
juega su vida!)
ER. (Me iré,
me iré: debo aprovechar



los instantes de este día;
¡quién sabe si mi agonía
con su sol vá á terminar.)
Esp. (Yo evitarlo intentaré:
si él se alejase de aquí!...)
Er. ¡Oh! vamos.)
Esp. ¿Te marchas?
Er. Sí;
voy á mi despacho.
Esp. Vé.

ESCENA VIII.

ESPERANZA.

Esp. ¡Oh! sí, se ocultan de mí!
y ahora mismo y en su nombre
vá á provocar á ese hombre!
al llegar todo lo oí!
y por una infausta suerte
que yo no sé adivinar,
este afán vá á terminar
en un duelo y duelo á muerte;
¡ay! y ese lance de honor
como el mundo le apellida,
vá á hacer infeliz la vida
de mi noble protector.
Su vida.... ¡qué hiciera yo
por él, por él que es mi alma!
¿le diré al verlo sin calma
que van á batirse? ¡no!
¿á qué decírselo, á qué?
esto matarlo sería;
¿iré á buscar á María?
á ella.... y ¿qué vá á hacer? no sé.
Si yo pudiera evitarlo!
si á César hablar pudiera...!
¡oh! si yo le decidiera
á partir! debo intentarlo.

le escribiré: pronto, sí;
de este medio he de valerme:
antes veré... sorprenderme
alguno pudiera aquí.

ESCENA IX.

ESPERANZA *mira primero la puerta del cuarto de MARÍA; despues se dirige á la que se supone conduce á su cuarto, donde desaparece un momento; entre tanto, CÉSAR se presenta en la puerta del foro, mira la escena un instante, y baja al proscenio manifestando algun recelo.*

CES. Nadie! es muy temprano; oh!
¡si á alguno lograra hallar...!
¡si pudiera preguntar
lo que anoche sucedió!
¡Era Ernesto, yo lo ví,
de una manera segural
¿qué buscaba? ¿por ventura
me conocería á mí?
tal vez no, de cualquier modo
yo no debo faltar hoy...
fuera venderme, si, estoy
seguro. Al contrario; todo
debo arriesgarlo, y así
sabré si á entender alcanza
que yo era quien.... Esperanza!

ESCENA X.

Dicho, ESPERANZA.

ESP. César! cómo usted aquí?
CES. Sí, yo soy.
ESP Venir ahora!
venir! es un desvarío!
CES. Por qué?

- Esp. Si le ven, Dios mio!
si le ven en esta hora!
- Ces. Cómo! pues qué....
- Esp. ¿Ignora usted
acaso lo que aquí pasa?
¿no sabe que de esta casa
huyó la paz?
- Ces. Oh! por qué?
- Esp. Por qué? explicarlo no debo.
- Ces. Mas....
- Esp. Si su conciencia en calma
nada le dice á su alma,
tampoco yo á hablar me atrevo.
y solo siento y extraño
que llegue de nuevo hoy....
- Ces. Esperanza, si aquí estoy
vengo...
- Esp. A causar mayor daño!
- Ces. Anoche...
- Esp. Todo lo sé.
- Ces. ¿Quién abajo se encontraba?
- Esp. Un esposo que dudaba.
- Ces. ¡Era él!
- Esp. ¿Pues no le vió usted?
- Ces. No; solo en la oscuridad
ruido de pasos sentí....
Y despues...?
- Esp. Despues, oí
un tiro.
- Ces. Él fué!
- Esp. La verdad
quise saber: yo creia
que siendo la noche oscura
ninguno entre la espesura
reconocerme podria;
y por eso vine hoy
confiando en no encontrar
aun á nadie, á preguntar
á un criado.
- Esp. ¡Muerta estoy!

- esa venida pudiera
sernos fatal, muy fatal.
- CES. Hable usted,
ESP. Tan grave mal
atraer, César, debiera,
que al verle aquí, estremecida
el alma turbada siento.
- CES. Pues cómo....?
ESP. A cada momento
miro en peligro su vida.
- CES. Mi vida!
ESP. Ernesto está loco,
y en su delirio profundo
el ancho espacio del mundo
para los dos juzga poco.
Hace un momento, en su anhelo,
yo de ello he sido testigo,
le envié á usted á su amigo
para provocarle á un duelo.
- CES. A un duelo!
ESP. Si en su furor
le encuentra aquí, ¿qué hará usted?
qué hará usted?
- CES. Aceptaré,
asi lo manda el honor.
- ESP. El honor! no, desatino!
no es honrado quien no advierte
que se torna de esa suerte
en voluntario asesino.
Y en las penas que le oprimen
y en el dolor que le exalta
¿piensa usted ¡ay! que una falta
se borraré con un crimen?
- CES. Es que yo no he cometido
falta alguna, y no consento...
- ESP. Con un solo pensamiento,
con un ¡ay! con un latido
del corazon, á turbar
se alcanza la paz de un alma,
y se arrebató la calma

- y la dicha de un hogar.
CES. Pero yo...
ESP. Usted debe ahora
escuchar mi ruego.
CES. Oh!
ESP. ¿y qué exige usted?
ESP. Que no
permanezca aquí.
CES. Señora!
ESP. Que se aleje del que en pos
va de usted airado y ciego;
César, oiga usted mi ruego,
oiga mi ruego por Dios!
CES. Partir!
ESP. Sí; partir ahora
evitando la amargura
de una mujer sin ventura
que por usted sufre y llora.
CES. Por mí! (Si, tiene razon,
y sin embargo, ¡quién piensa...)
ESP. ¡Si viera usted cuán inmensa
de su padre es la afliccion!
CES. Qué debo hacer?
ESP. Por su honra,
huya usted en este dia;
que un lance ruidoso, haria
más pública su deshonra!
CES. Es que yo tan solo he sido
el culpable! crea usted
que ella ignora...
ESP. Sí; lo sé:
mas...
CES. Ya estoy arrepentido
y me aterra...
ESP. Si vinieran...
ah! por Dios, por su quebranto,
ceda usted ante mi llanto.
CES. Dios mio!
ESP. Si aquí le vieran...
ceda usted.

CES. Mi error comprendo.
ESP. ¿Y partirá usted?
CES. Sí, sí.
ESP. Alguno viene!
CES. Si aquí
me hallaran...
ESP. ¡Está usted viendo!
CES. ¡Y se acercan!
ESP. Pero...
CES. En fin...
ESP. Vienen por allí...
CES. Yo parto.
ESP. Por aquí no: por mi cuarto
también se sale al jardín.

ESCENA XI.

Dichos, JUANA.

JUA. (¡Ah!) *(desde la entrada y sin ser vista.)*
ESP. Por aquí; venga usted!
*(desapareciendo con César por la segunda puerta
izquierda.)*
JUA. Era ella! y le oculta hoy
para que ignoren... no, voy...
yo que salga evitaré:
cerraré por fuera, así
todos sabrán la verdad.
¡Pública haré su maldad
antes que salga! sí, sí.
*(yéndose por la misma puerta del jardín por
donde apareció.)*

ESCENA XII.

ESPERANZA.

ESP. Ya se fué. Gracias; Señor,
evitar ahora confío...

¿quién viene? es él, ¡oh! Dios mio
¡Cuán profundo es su dolor!

ESCENA XIII.

ESPERANZA y VILLAMAYOR.

VILL. Creí que aquí estaba ¡oh!
mas ¿por qué si tal creí
á mi pesar, hasta aquí
el corazón me impulsó?
ni verla ni oír la debo
si es culpada, si ha manchado
el nombre de un hombre honrado
y el que ya, sin honra llevo.
Esp. (Estoy turbada y temblando
si saben...)

VILL. Pese á mi estrella!
Esp. Sufre usted?

VILL. Aquí con ella
creí estabas hablando.

Esp. Es que en su inmensa aflicción
y en su dolor infinito
oye usted un nombre escrito
doquiera en su corazón:
es ¡ay! que ese nombre crea
una ilusión por trofeo,
es que el calor del deseo
le presta vida á la idea.

VILL. Qué juzgas que solo pienso
en ella, que verla ansio?
te engañas. El afán mio....

Esp. No, pero ese duelo intenso,
esa lágrima que atrae
el dolor á la pupila,
y que mal sujeta, oscila,
hasta que rodando cae
ese ¡ay! terrible y sin calma
que haciendo al valor agravio,

- rechazado por el lábio
va á replegarse en el alma:
esos ojos, de abatido
mirar incierto y ardiente,
buscando en su afán doliente
algo que lloran perdido;
dicen que en esta batalla,
y en tan amarga aflicción
sufre el hombre, y finge y calla,
mas que al fin del padre, estalla
desgarrado el corazón.
- VILL. Pero ese mismo dolor
te dice, al luchar oculto,
que el padre es hombre, y que un culto
es para el hombre el honor:
y si ves que tristemente
se inclina mi sien marchita
es ¡ay! porque siento escrita
su infamia sobre mi frente.
- ESP. Cómo usted...
- VILL. No hablemos más
de esto que mi daño labra.
- ESP. Pero ¿no habrá una palabra
de perdon?
- VILL. Eso jamás!
cualquier ofensa segura
borra el tiempo con su calma;
pero una herida en el alma
ni se olvida ni se cura:
¡jella en el alma me hirió!
- ESP. ¡Mas no quererla escuchar...!
¿en su padre no ha de hallar
ni amor ni indulgencia?
- VILL. ¡No!
- ESP. Es que condenarla así
sin oírla...
- VILL. Inmóvil, muda,
¿no la viste? ¡oh! no hay duda
era culpable, sí, sí.
- ESP. Pero el llanto purifica

- El corazon en su duelo,
como el rocío del cielo
la mústia flor vivifica,
y allí sin duda se halla
llorando su desventura;
¡si sucumbe á su amargura...!
¡Entonces...! tampoco; ¡calla!
- VILL. ¡Es hija!
- ESP. Te engañas, no;
- VILL. una hija tenia, es cierto,
mas para mi amor ha muerto
cuando su virtud murió:
verla me diera sonrojos,
el hablarla fuera mengua,
que se manchára mi lengua
y se mancháran mis ojos.
No existe! basta!
- ESP. ¡Ay de mí!
- VILL. ¿Lloras? ¡oh! bendigo al cielo
porque en medio de mi anhelo
te tengo, Esperanza, á tí.
- ESP. ¿Y quién soy para borrar
ó calmar penas tan graves?
- VILL. ¿Quién eres? ¡ni tú lo sabes,
ni yo lo alcanzo á esplicar!
eres luz que no vacila
ante el temporal deshecho,
y en un rincon de mi pecho
arde callada y tranquila.
Eres iris de bonanza
que guia el bajel perdido:
de mi espíritu abatido
eres tu nombre, ¡Esperanza!
- ESP. Yo señor... pero es cruel
no poder en tal momento...
- VILL. ¿Y Ernesto?
- ESP. Su pena siento,
y tiemblo tambien por él.
- VILL. ¿Le hablaste?
- ESP. Há un instante.

- VILL. Y... ¿solo? ¡Oh!
- ESP. Sí, solo estaba.
- VILL. Si en esta sala se hallaba,
quizás la habrá visto. *(con interés.)*
- ESP. No.
- VILL. ¿Estás segura?
- ESP. Lo infiero.
- VILL. Yo quisiera verle.
- ESP. ¡Oh! sí.
- VILL. ¿Está en su despacho?
- ESP. Allí...
- VILL. Ve á decirle que le espero.
- ESP. Al instante, ¿por qué no?
(si en tanto lograra...)
- VILL. Ve,
- ESP. no tardes.
*(Así podré
saber si César marchó.)*

ESCENA XIV.

VILLAMAYOR.

- VILL. ¡Quién pone dique seguro
á la deshecha borrasca!
¡quién sujetar puede el rayo
cuando á los aires se lanza,
ni quién enfrenar pudiera
las tempestades del alma!
¡orgullo loco es pensarlo!
¡quererlo vana arrogancia,
que echa por tierra un suspiro
ó deshace una palabra!
¡Oh! cuán distinto el ayer
era del hoy y el mañana,
y cómo arroja por tierra
dichas, y amor, y esperanzas,
si un instante sopla en torno

el viento de la desgracia!
¿dónde estará? ¡acaso llora
(mirando á la puerta del cuarto de María.)
de su culpa avergonzada!
hace bien, esconder debe
su liviandad y su infamia!
¡tambien enciende mi rostro
la vergüenza de su falta!

ESCENA XV.

Dicho, MARIA.

- MA. Crei escuchar... ¡oh allí está!
¡padre, padre de mi vida!
VILL. Ella!
MA. Mi voz dolorida
al fin aqui escuchará.
VILL. Jamás jamás.
MA. Cómo! qué?
VILL. Jamás! aléjate!
MA. Padre!
haga usted cuanto le cuadre,
mas no me rechace usted;
yo le oiré sin que me aflija
un reproche de otro en pos:
mas, no me niegue por Dios
el santo nombre de hijal
VILL. Hija! no! mi hija no es
la que empañó su decoro.
MA. Soy inocente, aunque lloro
desconsolada á sus piés.
VILL. Inocente! añade ahora
á la culpa la mentira;
¡desprecio y horror me inspira
ver que cuando miente llora!
MA. Padre!
VILL. No lo soy!
MA. ¡Señor,

- VILL. por la amargura que agoto!
Todos los lazos se han roto
entre nosotros!
- MA. Qué horror!
si no es posible...
- VILL. María!
- MA. Si soy pura, soy honrada,
si, ni aunque fuera culpada
usted me abandonaría!
si vengo de amparo en pos
puesto que no tengo madre;
si el amor santo de un padre
semeja al amor de Dios!
todo indulgencia y desvelos
algo de divino encierra:
amor mitad de la tierra,
amor mitad de los cielos;
yo le busco en mi aflicción
y en mi dolor inhumano,
y ¿cuál hijo llama en vano
de su padre al corazón?
- VILL. La que ver puede á su lado
el fantasma misterioso
de un leal y honrado esposo
cuyo apellido ha manchado:
la que en mentidos placeres
sueña, y en falsos encantos,
y da al olvido sus santos
y purísimos deberes:
la que infame, germinar
siente el crimen en su pecho,
y mancha su blanco lecho,
y mancha su casto hogar;
la que de un padre doliente
mira impasible el sufrir...
de un padre, que maldecir
puede su culpable frente!
- MA. Esto es un sueño, Dios mío!
Dios mío, esto es delirar!
- VILL. Llora, si puedes llorar

tu maldito desvarío:
llora!

MA. Sí, que en mis enojos
acuden con ánsia loca,
los suspiros á mi boca,
las lágrimas á mis ojos;
lágrimas que el alma oprimen,
mas no de arrepentimiento;
porque no hay remordimiento
donde no ha existido crimen.

VILL. Que no!

MA. Por mi infausta suerte
miro en el dolor sumida
mi vida... ¡no! esto no es vida,
esto es peor que la muerte!
injustos son sus recelos!

VILL. ¿Qué dices?

MA. ¡Lo juro, padre,
por mi muerta y pura madre
que me vé desde los cielos!

VILL. No la nombres!

MA. Madre mía!
tú que sabes mi inocencia,
haz que vea mi conciencia,
defiéndeme tú!

VILL. María!

MA. ¡Dile tú desde tu gloria
que no mentirá perjura,
quien por tí llorando jura,
invocando tu memoria.

VILL. ¡Si fuera verdad! oh! calma!

MA. Ah! si lo es; por compasion,
lea usted mi corazon
con los ojos de su alma!

VILL. Cielos!

MA. ¿Qué ve usted en mí?

VILL. Si no me atrevo á escucharte.

(empezando á dudar.)

MA. ¡Padre!

VILL. ¿Puedes disculparte?

(cogiéndola un brazo con gran afán y con naciente esperanza.)

MA. ¿puedes disculparte? Sí. (con energía.)

VILL. ¡Que sí has dicho!

MA. Si, señor.

VILL. ¡Hija!

MA. Ese nombre...!

VILL. Alma mia!
(vencido y con un grito del alma.)

MA. ¡Ay! por fin... ¡si yo sabia
la inmensidad de su amor!

(con alegría delirante.)

si á pesar de su desvio
yo adivino en mi afliccion
que un eco en su corazon
responde, gimiendo, al mio,

VILL. Y sufres... y lloras, ¡ah!

MA. Ya no... ya tengo esperanza;
un padre todo lo alcanza,
y usted me defenderá.

VILL. Si, ¿qué tienes?

MA. ¡Ay de mí!

es él. (estremecida al ver á Ernesto).

VILL. Ernesto!

ESCENA XVI.

Dichos, ERNESTO,

ER. Qué ve!

VILL. Si ya en tu inocencia creo,
no tiembles, que estoy aquí.

ER. (Su falta olvida en su eterno
afán de perdon y calma;
es que como yo en el alma
no lleva todo un infierno.)

VILL. Hijo!

ER. (Los dejo.)

(dirigiéndose a la puerta del foro.)

VILL. ¿Te vas?

ER. Sí.

VILL. Dice que puede aquí sincerarse.

ER. Ante usted, sí.

VILL. ¿Pero tú?...

ER. Ante mí, jamás.

MA. ¡Oh!

VILL. (Calla.) Ernesto...

ER. (Valor.)

VILL. Ven: has de escucharme ahora.

ER. No debo...

VILL. ¿Es que mi hija llora
y me mata su dolor!
¿Es... es que á través del llanto
que el duelo en su frente sella,
leo el pensamiento en ella
inocente, y puro, y santo!
y en su empañada pupila,
lleno de afán infinito,
miro el testimonio escrito
de su conciencia tranquila!
es que yo...

ER. Padre, comprendo,
y el comprenderlo me estraña,
que su mirada le engaña.

VILL. Cómo!

ER. Que le está mintiendolo
y con la fria razon
quiere juzgar y analiza:
pero, al que triza por triza
le han deshecho el corazon;
¡al que ciego llegó á amar...!
ese... no; no puede ser!

VILL. ¡Cómo amar ha de saber
quien no sabe perdonar!

ER. Mi pasion...

VILL. Calla!

ER. Señor!

- VILL. si es que era tanta!
No acabes:
¡si no eres padre, qué sabes,
qué puedes saber de amor!
¿No ves cual yo...?
- MA. En vano así
suplica usted en su anhelo;
su corazon es de hielo,
es de roca para mí;
¿no lo ve usted, padre mio?
¡si no me amó nunca!
- VILL. ¿Qué
dices?
- MA. ¡Pregúntele usted
la causa de su desvío!
- ER. La causa! y se atreve... oh!
¿la causa saber ansias?
- MA. Sí.
- ER. Pues responde, ¿qué hacias!..?
(¡qué iba yo á decir! no, no.)
- MA. Sigue!
- ER. Es inútil! los lazos
que en la tierra nos ligaron
por siempre se desataron,
cayeron hechos pedazos!
- MA. Sí, sí!
- VILL. Mi razon se abisma.
- ER. De sangre un mar nos separa,
y es tal ¡ay! que no bastara
á unirnos, la muerte misma.
Por ella! lo entiendo!
- MA. ¿Qué?
- VILL. Por ella causa mis duelos,
por ella! que eran mis celos
maldita verdad!
- ER. No se....
¿qué es lo que vás á decir?
- VILL. Celos! de quién? ¿es posible?
- MA. Celos que de un modo horrible
me están haciendo sufrir.

ER. Y qué motivo...?
MA. Quien ama
puede comprender mi afan:
¿quién le pregunta al volcan
el porqué ruje ó se inflama?
VILL. Supones...?
ER. Si no es posible.
MA. Si Esperanza misma...
VILL. Acaba!
MA. Me dijo que idolatraba
en silencio un imposible:
y ese imposible, ¿cuál era?
cuál puede ser? él tan solo!
VILL. Puede existir tanto dolo!
ER. Delirio! fatal quimera!
VILL. ¡Y yo la adoraba!
MA. Oh, si.
VILL. Ella... destino contrario!
Esperanza! es necesario

(corriendo á la puerta segunda izquierda.

saber pronto... ven aquí.

ESCENA XVII.

Dichos, ESPERANZA.

ESP. Señor, ¡ah, cielos, María!
VILL. Ven, ven!
ESP. ¡Gracias, Dios bendito!
VILL. ¡Escucha, yo necesito
saber si tú...!
ESP. Hermana mia!
cuando alcanzo á verla aquí,
es que no se la rehusa
ya el perdon.
VILL. Ella te acusa.

- ESP. ¿Que me acusa? ¡Cómo! ¡a mí!
¿y de qué?
- VILL. De que en la frente
impresa llevas la llama
de una pasión que te infama,
de una pasión delincuente!
¡Jesús!
- ESP. Tú has dicho....
- VILL. Esto más!
- ESP. Que amabas: responde, di,
á quién, á quién?
- VILL. ¡Ay de mí!
- ESP. Responde! á quién?
- ESP. Oh! jamás!
- ER. Es verdad!
- VILL. Amas á un hombre!
- ESP. Dios mio, esto es espantoso!
- MA. Ya lo vé usted, á mi esposo!
- ESP. A él, oh! no!
- VILL. Pues di su nombre.
- ESP. Nunca.
- VILL. En mi empeño no cedo,
confiesa tu desvarío!
- ESP. Es mi secreto!
- VILL. Dios mio!
- ESP. Es mi secreto! no puedo!
- VILL. Oh! si es verdad tu pasión,
deja que tu error deteste:
(¡Ay! ¿si serán celos este
tormento del corazón?)

ESCENA XVIII.

Dichos, MONTENEGRO.

- MONT. Ernesto... (Todos aquí.)
- ER. Montenegro.
- MONT. Si, soy yo.

ER. ¿Hablastes á ese hombre?
MONT. No.
ER. Mas, ¿fuiste á su casa?
MONT. Si!
ER. Entonces...?
MONT. No estaba en ella;
pero te encuentro intranquilo.
ER. Es que temo... que vacilo!
ESP. ¡Nací con fatal estrella!
MA. Padre, padre; que responda
su cariño á mi ternura.
VILL. ¡Que bajo una faz tan pura

(mirando á Esperanza.)

lanta perfidia se esconda!
MONT. ¿Y qué piensas?
ER. No lo sé!
luz el alma necesita
en tal caos!

ESCENA XIX.

Dichos, JUANA.

JUA. Señorita.
MA. señorita, venga usted.
JUA. Juana!
MA. Con ellos! no importa,
le diré á usted sola...
JUA. Luego
MA. podrás...
JUA. No, yo se lo ruego.
MA. Pero...
JUA. Si seré muy corta.
MA. Mas, ¿es de tal interés?
ER. Su conducta de este modo
esplica. (á Montenegro.)

- MONT. Quién sabe! todo
fácil y posible es.
- VILL. En esta desgracia nueva,
¿qué haré.
- ER. No puedo dudar...
- MONT. Mas...
- ER. Necesito encontrar
en mi despecho una prueba.
- MA. Ernesto, ¡Dios te la envía!
- VILL. Como!
- ER. Acaso...
- MA. No te asombre.
tú preguntas por un hombre,
¿no es verdad?
- ER. Y bien...?
- VILL. María!
- MA. Tu injusta duda cruel
así á destruir se alcanza!
- ER. Mas dime, ¿ese hombre...?
- MA. A Esperanza
puedes preguntar por él.
- VILL. Cómo! qué...
- MA. Aquí mismo hoy
le ocultó.
- ESP. (El cielo me ayude
si no salió...)
- ER. Aunque le escude
el infierno entero, voy...

ESCENA XX.

Dichos, CÉSAR.

- CES. No es necesario!
- ESP. Dios mio!
- CES. Desde allí le estaba oyendo
y vengo...
- ER. Sí, lo comprendo,

¡a muerte!
 Esp. Yo desvario!
 VILL. ¡Por ella vino hasta aquí!
 MA. ¡Era por ella!
 VILL. Cobarde!

(queriendo arrojarle sobre César.)

Ah! *(cayendo desmayada al verlo.)*
 VILL. Corazon, calla, es tarde,

(oprimiéndose el pecho con ambas manos.)

es tarde ya para tí.

FIN DEL ACTO 2.º

ESCENA XX

MICHAEL, CÉSAR.

No es necesario!
 Es. Dios mío!
 Cas. Dado allí le estaba oyendo
 y vengo...
 Es. Sí, lo comprendo.

ACTO TERCERO.

La misma decoracion.

ESCENA I.

ERNESTO; *despues* MONTENEGRO.

El primero está sentado manifestando en su actitud su abatimiento. El segundo entra por el foro. Al verle llegar Ernesto sale á su encuentro.

ER. Mucho has tardado; impaciente me tenias.

MONT. Si no he vuelto antes, no fué culpa mia.

ER. ¿Pues de quién ha sido?

MONT. Ernesto, estos lances no se arreglan tan fácilmente.

ER. Te creo; ¿pero en fin?

MONT. Hablá con él.

ER. ¿Y qué responde?

MONT. A tu empeño cede. Alguna repugnancia me manifestó primero: dice que de sincerar

su conducta tiene medios,
pudiendo arreglarse todo
sin recurrir á ese extremo.

ER. ¡Villano!

MONT. No; poco á poco;
en otra opinion le tengo,
y la prueba de ello es...

ER. ¡Di!

MONT. Que accede á tus deseos...

ER. ¡Si no lo hiciese...!

MONT. Y te aguarda
dentro de algunos momentos,
supuesto que tú has querido
adelantar la hora...

ER. Es cierto;

esta situacion no puede
prolongarse por más tiempo.

MONT. Entonces, al dar las once,
con él reunirnos podemos
en el parque.

ER. ¿Llevará
padrinos?

MONT. Asi lo espero.

ER. Tú las condiciones puedes
arreglar allí con ellos;
mas sin ceder para nada
puesto que sabes mi intento,
y sin que nadie adivine
las razones.

MONT. Yo lo creo!

ER. Para motivar mi queja
buscarás cualquier pretexto,

MONT. Asi lo haré; y sin embargo
á la verdad te confieso,
que este lance me disgusta
no sé por qué. A César veo
abatido, preocupado;
y á pesar de esto, su acento
al hablar de ti, al negar
el ultraje que has supuesto,

es tan firme, que revela
que tu honor se encuentra ileso;
que tu esposa...

ER. Desde anoche
loco estoy, loco me vuelvo;
que mi razon va perdida
en la sombra del misterio.
MONT. ¿Y el doctor?

ER. Junto á Esperanza.

MONT. ¿De su desmayo no ha vuelto?

ER. No; vanamente á su lado
agota todos los medios
que le sugiere la ciencia
para que en sí torne.

MONT. ¿Pero
tú...?

ER. Yo acabo de salir
de su estancia há poco tiempo;
toda impresion puede hacerla
mucho daño, y ha dispuesto
que él solamente ó María
queden en el aposento
y nada más; quizá teme
que al volver ella en su acuerdo,
sin ser dueña de sí misma
allí revele su acento
en su primera palabra
su pensamiento primero,
y la calumnia que inventan
quede acaso sin efecto.

MONT. ¿Dudas aun?

ER. ¡Dudo siempre!

MONT. Despues de lo que há un momento
ha pasado, no debias
dar pábulo á tu recelo.

ER. ¿Y quién me prueba...? Esperanza
aterrada quedó al verlo;
mas no confesó su amor!

MONT. ¿Y cómo pudiera hacerlo
ante todos? además,

ella solamente, Ernesto,
podía ocultarle allí
en su habitación.

ER. ¡Es cierto!

MONT. Qué más pruebas...

ER. ¡Me confundo!

MONT. Piensa...

ER. Romper debo el velo
que mis ideas envuelve:
villano y mal caballero
insultó ese hombre esta casa
perturbando su sosiego,
y de cualquier modo, estrecha
cuenta debe darme de ello.

MONT. ¡Tu padre!

ER. Que no sospeche
la verdad.

ESCENA II.

Dichos y VILLAMAYOR.

VILL. Mucho silencio,
y á la primera palabra
avisame; aquí me quedo.

MONT. ¿Cómo se encuentra?

VILL. Mejor.

MONT. La congoja...?

VILL. Va cediendo.

MONT. Pero su vida...?

VILL. No corre
peligro en este momento.

ER. ¿Y la deja usted?

VILL. Allí

queda María en mi puesto:
entre tanto aquí he salido
á respirar algun tiempo;
dentro de esa habitación,
aire faltaba á mi pecho,

- ER. luz á mis ojos.
¿Acaso
sufre usted?
- VILL. No sé qué siento!
- ER. ¿Quiere usted que llame?
- VILL. No;
únicamente deseo
quedarme solo un instante.
- ER. ¿Por qué?
- VILL. Mi espíritu inquieto
necesita serenarse.
- ER. Entonces, padre, le dejo;
¿y tu?
- MONT. Yo voy á esperar
que suenen las once; y luego
vendré...
- VILL. Perdona, hijo mio,
y usted tambien, Montenegro:
mas ¡he padecido tanto
en estos cortos momentos,
que siento que se trastorna
y se turba mi cerebro!
- MONT. Señor.
- VILL. Por eso, no quejas,
sino indulgencia merezco;
cuando el pesar nos oprime...
Padre...
- ER. Sí, ya te comprendo;
la borrasca del dolor
tambien se agita en tu pecho.
¡Y no saber...!
- VILL. Solo ella
podrá, Ernesto, respondernos
cuando...
- ER. Agote usted su ciencia,
porque muy pronto...
Aguardemos!
- VILL. Le dejo á usted. (En sonando
la hora...)
- MONT. (á Montenegro)
(Bien.)

ER. (Allí te espero.)
(Montenegro se va por el foro y Ernesto por la primera puerta derecha.)

ESCENA III.

VILLAMAYOR.

VILL. ¡Mi ciencia! ilusión mentida!
¡mi ciencia! palabra vana!
¿qué vale la ciencia humana
en las luchas de la vida?
¿Qué, qué vale cuando así
en sus esfuerzos se estrella,
y ni aliento le da á ella,
ni calma me presta á mí!
¡Allí está pálida y fría
como herida por el rayo,
de su profundo desmayo
vuelta apenas todavía!
¡En vano luchaba allí
la ciencia impotente y cortical
¡en vano! mas ¿qué me importa
ella? ¿qué me importa á mí?
¡Nada! ironía cruel
de la suerte fementida!
ansiar por darle una vida
que ha sido y es para él!
¡Para él, que torpe burlaba
mi confianza segura,
y á quien infame y perjura
ella ocultándolo amaba!
¡Le amaba! ¿y por qué lo extraño?
¿por qué? ¡pobre corazón,
que en tu fatal ilusión
corriste tras un engaño!
¿Por qué cuando tal pensaste
en tus delirios mentidos
no paraste tus latidos

y tu pasión no ocultaste?
¿Por qué, por qué por mi daño
no comprendiste que un día
tu ilusión apagaría
la nieve de un desengaño?
¿por qué lates sin sosiego?
¡vamos corazón, valor,
y mata este loco amor
aunque te abraze su fuego!

ESCENA IV.

Dicho, MARÍA.

MA. Padre.
VILL. ¿Quién? ¡ah! que no vean...
MA. Padre.
VILL. ¿Eres tú?
MA. Sí señor.
VILL. ¿Y ella?
MA. Llorando se queda.
VILL. ¡Llora!
MA. Y con justa razón.
VILL. Hija, el llanto es el rocío
de las flores del dolor,
es la lluvia silenciosa
que cae del corazón,
en las tormentas del alma
que su ventura perdió.
MA. ¡También yo he vertido mucho
y bien amargo por Dios!
¡oh! si contarse pudiera
desde anoche!
VILL. Tu aflicción
tendrá ya término; Ernesto
si al fin comprende el error,
volverá a tus brazos, hija,
¡porque tú eres pura!
MA. Yo...!

VILL. ¡Es verdad! tú no mentiste
ni heriste mi corazon;
¡tú no has burlado mi afecto,
tú no eres culpada, no!

MA. ¡Padre mio!

VILL. Espera, espera!
aun jóvenes sois los dos,
y tras las horas de duelo
vendrán las horas de amor;
pero el que mira lucir
un solo rayo de sol,
¡uno solo, y se le apaga!
ese...

MA. ¿Qué dice usted?

VILL. (¡Oh!
pobre loco, que te vende,
que te vende tu dolor!)

MA. Piensa usted...

VILL. ¡Serás dichosa!

MA. ¡Quién lo sabe! el corazon
que una vez sintió la duda,
que una vez la fé perdió,
tarde, muy tarde recobra
su confianza y su amor.

VILL. ¡Es verdad, hija!

MA. Por eso
aun vacila mi razon,
si Ernesto...

VILL. ¡Calla, María!

MA. Anoche, ¿por qué volvió?
¿por qué Cesar si la amaba,
me hizo dudar de los dos?

VILL. Luego él fué...?

MA. Fué quien mis celos
aun dormidos despertó.

VILL. ¿Y tú le escuchaste?

MA. Sí;
penetró el alma su voz
y la dicha y la ventura
por siempre acaso perdió.

- VILL. ¿Pero cómo...?
MA. Enloquecida,
sin calma y sin reflexion,
quise saber por mi misma
si me ofendian los dos.
Por eso bajé, por eso
Ernesto allí me encontró;
por eso me acusa ahora,
creyendo falté á mi honor:
por eso lloro, teniendo
desgarrado el corazon;
y él no cree en mi cariño,
yo no confío en su amor,
y ni sé quien es culpable,
ni lo he sido, padre, yo.
- VILL. Y dime, ¿por qué á un extraño
confiaste tu temor?
¿por qué, por qué le dejaste
adivinar tu afliccion?
MA. Porque...
VILL. ¡La mujer que á un hombre
su fé en los altares dió,
ha de tener mudo el labio
y cerrado el corazon,
para todos! solamente
su esposo...
- MA. ¿Y si él la faltó?
¿no podrá buscar consuelo?
VILL. ¡Sí puedes!
MA. ¿En quién?
VILL. ¡Solo en Dios!
MA. ¿Y qué hará si ve perdido
su reposo? ¿si su amor
ve despreciado?
VILL. ¡Esperar!
MA. ¿Si en su desesperacion
los celos matan su alma?
VILL. Callar y esperar!
MA. ¡Señor,
señor, eso es imposible,

eso es imposible!

VILL.

No!

MA.

Pero ¿qué logra con ello,
qué logra?

VILL.

Y en tu afliccion,
¿qué has conseguido, Maria,
siguiendo otra senda?

MA.

¡Oh!

VILL.

Las lágrimas, y las quejas,
y los arrebatos, son
huracanes que deshojan
del amor la blanca flor;
nieblas que empañan su cielo,
nubes que cubren su sol.

MA.

¿Y qué queda á la mujer?
¿qué la queda en su dolor?

VILL.

¡Su inquebrantable pureza!
su indulgente y santo amor!
la fé! la paz! Si estos dones
en el alma conservó;
si al ver que corre su esposo
de otros placeres en pos,
pone un candado en su boca
y un sello en su corazon;
si le espera confiada,
resignada en su dolor;
si opone á su extravíos
de su virtud el crisol;
si á sus desdenes responde
siempre con su casto amor;
si al llorar, llora en silencio;
si su pié no se apartó
de la estrecha y sola senda
que el deber le marca, ¡oh!
ese esposo, no lo dudes,
comprenderá al fin su error,
y rota la espesa venda
que antes sus ojos cubrió,
verá un ángel en aquella
mujer; verá en su pasion

la dicha que enloquecido
en falsos goces buscó,
y premiando sus dolores
y su santa abnegacion,
le dará por cada lágrima
vertida, un mundo de amor;
esto debistes hacer...

ESCENA V.

Dichos y ESPERANZA.

*(Suenan las primeras campanadas de las once;
Esperanza aparece en la puerta de su cuarto; da
un grito, escucha y mira el reloj con gran ansiedad.)*

ESP. ¡Ay!
MA. ¡Es ella!
ESP. Ese reloj,
¿qué hora da...? las once solo!
respiro, ¡gracias á Dios!
VILL. ¿A qué vienes? ¿por qué así
dejas, si sufres, el lecho?
ESP. Porque aire falta á mi pecho,
me falta la vida allí;
y en su afan se estremeció
el alma que sufre y llora,
temblando escuchar la hora
que marcaba ese reloj.
VILL. ¿Qué dices?
ESP. ¡Aquí María!
MA. (No comprendo...)
ESP. (Callar debo:
si sabe... yo no me atrevo...
fuera aumentar su agonía.)
VILL. ¡Qué pálida está! ¿Por qué
te inquieta el tiempo que pasa?
ESP. ¿A mi, señor?
MA. (De esta casa,

huyó la calma.)
ESP. No sé...
(debo decírselo á él solo.)
MA. Tal vez tema que este día
traiga en pos...
VILL. ¡Hija!
ESP. María...
(Si hablo, su reposo inmolo.)
MA. Acaso su corazon
comprenderá estremecido,
que hay seres que aqui han vertido
mucho llanto en su afliccion.
¡Y esas lágrimas de hiel,
que atrajo su desvario
la aterran!
ESP. ¡Cómo!! ¡Dios mío!
ER. Ya es hora! (saliendo.)
ESP. ¿Qué dice?
MA. ¡Eh!

ESCENA VI.

Dichos, ERNESTO, despues MONTENEGRO.

ER. Voy...
VILL. ¡Hijo!
ESP. ¡Horrible quimera!
ER. Saldré... la hora señalada....
VILL. ¿Te vas? ¿qué es eso?
ER. No es nada:
mas, Montenegro me espera
abajo sin duda, y voy...
ESP. ¡Oh!
VILL. ¿Que te espera?
ER. Si á fé.
VILL. ¿Es cierto?
ER. Ya lo ve usted.
(viéndole aparecer en la puerta del jardin.)
MONT. Ernesto...

ER. Dispuesto estoy.
VILL. Dónde vas?
MONT. Viene conmigo.
pronto volvemos los dos.
MA. (¿Qué es esto?)
ER. Si; en breve...
VILL. ¡A Dios!
MONT. Cuando quieras...
ER. Soy contigo.
(¡Quizá no les vuelva á ver!
¡si ella, á quien tan tiernamente
amaba, fuera inocente!)
Padre...
MONT. (Van á comprender!)
ER. Hasta luego.
VILL. Sí.
MONT. (Si ahora,
que estás trémulo conoce...)
ER. Ven. (saliendo.)
ESP. (La cita era á las doce,
¡Dios mio! ¡aun falta una hora!)

ESCENA VII.

Dichos, excepto MONTENEGRO y ERNESTO.

ESP. (Puede evitarse.)
MA. ¡Ay de mí!
no sé por qué huye mi calma!
ESP. (Aunque desgarre su alma,
debo decírselo, si;
¡si se ven, temblando estoy!)
VILL. (¡Está agitada!)
ESP. (Hablaré.)
Señor, si aun consiente usted
escuchar mi ruego hoy;
si á pesar de esa apariencia
terrible y acusadora,
cual antes es usted ahora



amparo de mi existencia;
si aun el último favor
su bondad me concediera...
VILL. ¡Habla! ¿qué quieres?
ESP. Quisiera...
MA. (¿Qué pretenderá?)
ESP. (Valor).
VILL. Prosigue, (no sé qué siento)
y qué es lo que anhelas, dí?
ESP. Que me oyera usted, aquí,
pero usted solo, un momento.
VILL. ¿Yo?
ESP. Sí.
VILL. Y ¡de qué vas á hablar!
ESP. No es de mí, yo se lo juro;
si un pasado recto y puro
no me puede sincerar:
si algunos años de calma
trascurridos á su lado,
á conocer no le han dado
mi pensamiento y mi alma,
¿de qué servirme podría
una palabra? ¡ay de mí!
VILL. ¿Y te interesa...?
ESP. ¡Oh! sí, sí,
más que la vida!
VILL. María,
déjanos solos: me ruega
que oiga su voz dolorida,
y sola y estremecida,
mirala, á mis plantas llega.
MA. Pues bien, me retiro.
VILL. Sí.
MA. Supuesto que ella lo ansía...
ESP. ¡Qué mal comprendes, María,
lo que padezco por tí!
MA. ¿Por mí tú?
ESP. Aunque no te cuadre.
MA. Dime...
ESP. A callar me limito:

MA. pagar en ti necesito
cuanto le debo á tu padre.
VILL. (Inquieta voy.)

Hija mia,
aguarda en tu cuarto; ve,
yo mismo á buscarte iré,
en breve.

ESCENA VIII.

VILLAMAYOR, ESPERANZA.

ESP. (Virgen María,
haced que pueda evitar
la desgracia que preveo.)

VILL. He cumplido tu deseo,
ya lo ves, puedes hablar,
¿qué te detiene?

ESP. No sé
como empezarle á decir...
yo no le quiero afligir
y sin embargo, ahora...

VILL. ¿Qué?

ESP. Yo que mi vida daría
por usted; que sin temor,
por evitarle el dolor,
el dolor aceptaría;
por mi destino contrario
de inquieta amargura llena,
ocasionarle una pena,
ahora juzgo necesario.

VILL. Habla.

ESP. Hace poco que aquí...

VILL. Acabar no necesitas!

ESP. A César...

VILL. ¡No lo repitas!
si ya sé que le amas. Si...
lo sé!

ESP. ¡Yo amarle! ¡ah! señor.

- VILL. ¡Oh! tu conducta este día,
quién esplicarla podría
sino ese maldito amor!
Amor que hace delirar
el alma que ante él estalla!
- ESP. ¡Cómo!
- VILL. ¡Lengua mia, calla!
- ESP. ¡Cielos!
- VILL. Sí, debes callar!
- ESP. Pero...
- VILL. ¿A qué vas á decir
lo que se esconde en el pecho?
no ves que solo derecho
tengo á callar y á morir?
- ESP. No; la calma eternamente
aquí debe renacer.
- VILL. ¿De qué modo?
- ESP. Con creer
que María es inocente.
Si la ventura cifrada
tiene usted tan solo en ella,
¿no ha de cesar su querella
con verla justificada?
- VILL. ¿Pero tú...?
- ESP. ¿Y qué es mi agonía
si yo aquí cual ella ahora
no tengo un padre que llora
su desventura y la mia?
¡Mi nombre! si hoy le señala
manchado acaso la suerte,
¡qué importa cuando la muerte
todos los nombres iguala!
¡Por eso á negar no acierto
la culpa que cae en mí!
(la dicha le vuelvo así,
me sacrifico!)
- VILL. ¡Y es cierto!
- ESP. ¡y le amas!
- ESP. Si; su afliccion
cese así.

VILL. ¿Y qué desventura
se compara á esta amargura
eterna del corazon?
¿Qué hay en el mundo que abra
en mi pecho tal herida,
cual abre esa aborrecida
maldita y sola palabra?
Esp. ¡Cómo! ¿y feliz no es usted
despues de haber escuchado...?
VILL. ¡Ahora soy más desgraciado
que nunca!
Esp. ¿Pero, por qué?
VILL. Porque hay en mi corazon
un mar sin fondo, un abismo,
do luchan á un tiempo mismo
los celos y la pasion.
Esp. ¡Los celos!
VILL. Sí; su tormento
desesperándome así,
hace que brille ante ti
desnudo mi pensamiento.
¡Yo te amo, Esperanza!
Esp. ¡Oh!
VILL. ¡Te amo! mas mi amor profundo
ni lo comprendiera el mundo,
ni alcanzo á esplicarlo yo.
Amor puro, santo anhelo,
todo impecable pureza;
amor que en la tierra empieza
y que termina en el cielo.
Impalpable cual la nube,
casto, cual flor solitaria,
timido, cual la plegaria
que temblando hasta Dios sube.
¿Cómo quieres que el dolor
no se trueque en desvarío,
si amar puedes, y no es mio,
no es solo mio tu amor?
Esp. ¿Pero eso es cierto? ¿es posible?
usted, usted...

VILL. ¡Oh! sí, sí.
ESP. ¡Dios mío! y yo que creí
tanta ventura imposible!

VILL. ¡Esperanza!
ESP. ¡Cuánto y cuánto
llanto en silencio he vertido,
y cuán amargo ha caído
dentro del alma mi llanto!

VILL. ¡Lágrimas!
ESP. Que en dulce bien
trocadas las estoy viendo.

VILL. ¿Qué dices?
ESP. Que yo comprendo
su anhelo de usted también.

VILL. ¡Le comprendes!
ESP. ¡Y la calma
perdí!

VILL. ¿También la perdiste?
ESP. Y sentía...

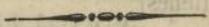
VILL. ¿Qué sentiste?
ESP. Un mundo dentro del alma.

VILL. Sigue, sigue.
ESP. En la agonía
de mi triste juventud,
primero la gratitud
con el amor confundía.

VILL. ¿Y luego...?
ESP. Luego... ¡ay de mí!
me dijo mi pensamiento:
¡es más grande el sentimiento
que nace y que vive en tí!
Es pasión, pura pasión,
que te salva y te redime,
es tu corazón que gime
buscando otro corazón.
Es el alma que se agita
llena de nueva existencia,
y que compartir su esencia
con otra aquí necesita.
Y ese castísimo amor,

- oculto, ardiente, sin nombre,
es digno solo de un hombre
y ese hombre es tu bienhechor.
- VILL. ¡Yo; Esperanza mia!
ESP. Si;
usted, á quien llamo padre,
usted, que amparó á mi madre,
usted, que veló por mí.
- VILL. Luego ¿tú me amas? responde.
ESP. ¡Sí!
VILL. Repítelo.
ESP. ¡Señor,
no es noble y puro el amor
cuando se miente y se esconde!
- VILL. Tal ventura resistir,
acaso no pueda el alma.
ESP. Tras tantas horas sin calma
cuán bello es ya el porvenir.
- VILL. Pero dime; César...?
ESP. No
tema usted nada por mí.
- VILL. Entonces...
ESP. Él mismo aquí
su locura confesó.
- VILL. ¿Cómo?
ESP. Dijo que buscaba
anoche tan solo...
¿A quién?
- VILL. A María. Mas tambien
dijo que ella lo ignoraba.
VILL. ¡Oh! mi naciente alegría
mata así su error funesto.
- ESP. Yo le oculté, porque Ernesto
batirse con él queria.
- VILL. ¡Batirse!
ESP. ¡Oh, Dios mio!
VILL. ¡Qué!
qué tienes?
- ESP. ¡Fatal desdicha!
por un momento de dicha,

de todo aquí me olvidé!
VILL. Mas dime...
ESP. ¡Ya es tarde ahora!
VILL. ¡Espíciate pronto; acaba!
ESP. Es que Ernesto le aguardaba
para matarlo á esa hora.
VILL. ¡Jesús! ¿qué dices?
ESP. Aquí
por eso vine á buscarle
á usted; queria rogarle
que lo evitase.
VILL. ¡Yo!
ESP. Si.
VILL. ¿Y era...?
ESP. ¡A las doce!
VILL. Fatal
suerte; María sin duda
es á estas horas viuda
ó esposa de un criminal.
ESP. ¡Oh! vaya usted, vaya usted!
VILL. Mas sin un rayo de luz,
¿á dónde, á dónde?
ESP. A la cruz
de la enramada.
VILL. ¿Allí? iré;
pero tú sabes...?
ESP. Aquí
yo lo escuché de sus lábios,
iba á vengar sus agravios,
él lo dijo y yo lo oi;
Montenegro era testigo.
VILL. ¿Y María?
ESP. Nada sabe.
VILL. Voy; en momento tan grave
Dios quiera venir conmigo!



ESCENA IX.

Dichos y ERNESTO.

ESP. ¡Ah! ¡ya no; no puede ser!
VILL. ¡Ernesto!
ER. ¡Padre!
VILL. ¡Tú aquí!
ER. Yo...
VILL. ¿Vienes del parque?
ER. Sí.
VILL. César...
ER. Le acabo de ver.
VILL. ¿Estás herido?
ER. No.
VILL. ¿Es cierto?
ESP. ¡Qué angustia!
ER. Sí, padre mio.
ESP. No es él!
VILL. En tu desvario,
entonces quizá le has muerto!
ER. ¡Yo!
VILL. ¡Si; todo lo adivino!
ER. ¡Qué! ¿sabe usted?
VILL. Ese duelo...
ER. Pero si es que ya...
VILL. ¡Tu anhelo
te ha trocado en asesino!
ESP. ¡Qué horror!
VILL. ¡Lo comprendo!
ER. ¡A mí!
VILL. ¿Atentaste á su existencia?
ER. Tranquila está mi conciencia.
VILL. ¡Pues qué! ¿vive César?
ER. Sí.
ESP. ¡Vive!
VILL. Entonces no se infiere
que tú...

- ER. Señor, no le asombre;
¡quién puede matar á un hombre
que defenderse no quiere!
- VILL. El...?
- ER. Todo mi afan, fué vano;
cuando ante mí se encontró
confundido se acercó,
para tenderme su mano.
Y en vez de ser mi enemigo
me hizo de su vida dueño,
poniendo todo su empeño
en ser hermano, no amigo.
- VILL. Pero tú...
- ER. Ante la evidencia
¿quién hay que á dudar se atreva?
en su conducta una prueba
me ofrece de su inocencia.
- ESP. ¿Cómo?
- VILL. ¿Una prueba?
- ER. Segura;
mi duda á borrar alcanza.
- VILL. ¿Y cuál es?
- ER. Él á Esperanza
devuelve calma y ventura.
- ESP. ¡Cómo!
- ER. Dice que si aquí
el amor le hizo faltar,
su culpa vá á reparar
dándola su mano.
- ESP. ¡A mí!
- ER. á mí!
- VILL. ¡A ella! qué dices? ¡Oh!
- ESP. Estoy soñando, Dios mio!
- VILL. No; si esto es un desvario!
- ESP. ¡Su esposa, su esposa yo!
- ER. Comprendo tu turbacion;
esta boda inesperada
te prueba que eres amada,
que vence al fin tu pasion.
- ESP. ¡Mi pasion!

VILL. (¡Oh! que cruel;
hora de agonía es esta!)
Er. Esperando tu respuesta
quedó abajo; voy por él.
En tanto, tu agitacion
mira si puedes calmar,
y piensa que vas á dar
la ventura á un corazon.

ESCENA X.

VILLAMAYOR y ESPERANZA.

Esp. ¡Ay de mí!
VILL. ¡Esperanza, horas!
Esp. ¡Llorando y sin vida estoy!
VILL. ¡El cielo nos manda hoy
rudas y angustiosas horas!
horas de agonía largas
que el alma apenada lleva,
horas de terrible prueba
amargas!
Esp. ¡Sí, muy amargas!
VILL. ¿Qué hacer en tal agonía?
¡ay! ¡qué debemos hacer!
Esp. Cumplir con nuestro deber
VILL. ¿Cómo?
Esp. salvando á María.
VILL. ¡Oh! que tu afan será en vano,
Ernesto aun vacila!
Esp. ¡Ah!
pero dudar no podrá
si doy á César mi mano.
VILL. Y entonces qué queda al alma?
qué queda de nuestro amor?
Esp. Solo le queda el dolor
mas queda tambien la calma!
Bebamos sin vacilar
en esta copa doliente;

VILL. ¡Dios quiere que solamente
hija me pueda llamar!
En ese nombre se encierra
mi vida entera!

ESP. Valor!

¡Si era muy grande este amor,
muy grande para la tierra!
A él renunciemos los dos,
y cuando al cielo arribemos
su sacrificio veremos
premiado, solo por Dios!
Él, ¡ay! nos dará la palma,
en esta oculta victoria;
que el mundo no da la gloria
a los mártires del alma.

VILL. Tienes razon; solo allí
cesa del dolor el plazo,
y en santo y eterno lazo
podremos unirnos!

ESP. Sí;
pero entretanto esperemos
lejos uno de otro.

VILL. Yo
te lo juro.

ESP. ¡Es fuerza!

VILL. ¡Oh!
sí, separarnos debemos,
calma tu dolor profundo.

ESP. Jamás nos hemos de ver!

VILL. No!

ESP. Pero aun puede usted ser
hoy mi padre; y en el mundo
estoy sola en este día
de amarga tribulacion,
¡deme usted su bendicion
por vez postrera!

VILL. ¡Hija mia!

ESP. Ella prestarme podrá
valor.

VILL. Pues tú lo desear...

ESP. Si, señor!
VILL. Bendita seas!
ESP. Para siempre!
VILL. Basta ya;
basta ya.
ESP. Vienen los dos!
VILL. Resistir no puedo tanto.
ESP. Ellos!
VILL. Enjuga tu llanto,
que no lo vean por Dios!

ESCENA XI.

Dichos: ERNESTO y CÉSAR.

ER. Allí está! solo ella puede darle una respuesta ahora.
CES. (Qué irá á decirme!) señora, si usted aquí me concede una ventura, y un bien que no merezco, y al par para que pueda enmendar un yerro, quiere tambien su ayuda prestarme....
ESP. Yo....
CES. Si; tan solo hace un momento que un ruego me hizo su acento; lo ha olvidado acaso?
ESP. No.
CES. A él he querido ceder; esto muy poco valdrá pero á entender le dará que sé cumplir mi deber. El pasado es sueño vano; y como prueba de amor, señora, un hombre de honor hoy le ofrece á usted su mano acepta usted?
ESP. (Ay de mí!)

VILL. (Qué tormento!)
CES. Estremecida,
aguarda el alma la vida
de su labio.

ER. ¿Aceptas?
ESP. Sí!
CES. Gracias.
ER. (Luego era verdad,
luego mi honor está puro?
pobre María!)

CES. Yo juro
hacer su felicidad.
ER. (Voy á implorar su perdon,
á mitigar su agonía;
oh! con qué dulce alegría
late al fin el corazon).

ESCENA XII.

Dichos, menos ERNESTO.

CES. ¡Esperanza!
VILL. ¡Hágala usted
venturosa! se lo ruego;
César, el don que le entrego
no tiene precio!

CES. Lo sé.
VILL. No haga usted que de afan llena
un día maldiga al hombre,
del cual aceptara el nombre
por salvar la dicha agena.

CES. Es que...
VILL. Silencio.

CES. Prometo...
que jamás...

VILL. ¡Todo lo sé!
en su pecho guarde usted
para siempre este secreto.
Y á ella, dele usted la calma,

es un ángel que esté día
el cielo acaso le envía
para redimir su alma.
Esp. ¡Ay de mí!
CES. A su lado yo
borraré el pasado acaso:
¿qué flor no perfuma el vaso
donde Dios la colocó?
VILL. ¡César!
CES. Si mi juventud
corrió perdida en su anhelo,
hoy ven mis ojos el cielo
á la luz de su virtud.

ESCENA XIII.

Dichos: ERNESTO y MARÍA.

ER. Ven; y cesen tus temores
como los míos cesaron;
ya las nubes que ocultaron
el sol de nuestros amores,
se disipan.
Esp. Sí, María.
MA. Vas á ser...?
Esp. Su esposa fiel
MA. ¿Tu oculto amor...?
Esp. Era de él.
MA. Perdóname, hermana mía.
CES. Mañana nos volveremos
á Madrid.
Esp. Y allí los dos,
en la presencia de Dios,
por siempre nos uniremos.
VILL. Sé feliz, ese es mi anhelo.
MA. Mas pronto la verá usted
en la corte.
VILL. La hallaré...
Esp. (¡Nunca! ¿es verdad?)

(Bajo á Villamayor.

VILL. (*id. á Esperanza.*) ¡Si, en el cielo!

MA. Mi pasado error deshecho
sirva, Esperanza, en mi abono.
¿Me perdonas?

ESP. Te perdono
todo el daño que me has hecho!

MA. ¡Oh! mis funestos recelos
sembraron aquí el dolor.

VILL. Hija, el cáncer del amor
es la duda, son los celos.
La mision que á la mujer
Dios le quiso confiar,
¡es amar y perdonar,
es esperar y creer!
¡Creer! la fé presta ayuda
á la santa paz del alma:
¡ay! del hogar cuya calma
turba *la primera duda!*

FIN.



